



UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO
FACULTAD DE EDUCACIÓN Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE ARTES Y LETRAS
CARRERA DE PEDAGOGÍA EN CASTELLANO Y COMUNICACIÓN

LA IMAGEN DE LA MUJER EN LA NOVELA LA MUJER ROTA, DE SIMONE DE BEAUVOIR

SEMINARIO PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESOR DE ENSEÑANZA MEDIA EN CASTELLANO Y COMUNICACIÓN

Alumna: Patricia Contreras Fernández
Profesor Guía: Sra. Berta López Morales
M.A. En Literaturas Hispánica

Chillán, 2010



UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO
FACULTAD DE EDUCACIÓN Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE ARTES Y LETRAS
CARRERA DE PEDAGOGÍA EN CASTELLANO Y COMUNICACIÓN

**LA IMAGEN DE LA MUJER EN LA NOVELA LA MUJER ROTA, DE
SIMONE DE BEAUVOIR**

SEMINARIO PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESOR DE ENSEÑANZA MEDIA EN
CASTELLANO Y COMUNICACIÓN

Alumna: Patricia Contreras Fernández
Profesor Guía: Sra. Berta López Morales
M.A. En Literaturas Hispánicas

Chillán, 2010

Agradecimientos

A mis padres Juan Contreras y Rita Fernández, y a mis hermanas Carmen, Alejandra y Mónica; a mi profesora guía, Berta López Morales, por la confianza que depositó en mí durante el desarrollo de este seminario, y a la Escuela de Pedagogía en Castellano y Comunicación, por su admirable labor en nuestra formación como docentes. A mis amigos María Paz Urrejola, Natalia González, José Agustín Córdova, Carmen Gloria Leiva, Jessica Cáceres y Verónica Lizama, por su ayuda bibliográfica y apoyo incondicional; y a mis amigos y compañeros de carrera Raúl Riquelme, Natalia Quilodrán, Macarena Rojas, Eileen Ríos, Alfredo Vilches, Francinni Vásquez, Alejandra Olave, Alexis Barriga y Eileen Catricheo, por su ayuda, apoyo y amistad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
FORMULACIÓN DEL PROBLEMA.....	4
PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN	5
OBJETIVOS.....	5
METODOLOGÍA.....	6
Capítulo 1. Marco Teórico.....	7
1.1 Introducción.....	8
1.2 Mujer, literatura y sociedad.....	8
1.3 Mujer y psicoanálisis.....	12
1.4 Mujer y existencialismo.....	17
Capítulo 2. Literatura y sociedad: La construcción identitaria de la mujer.....	22
2.1 La sociología de la literatura.....	23
2.2 El contexto sociocultural.....	24
2.3 Mujer y sociedad en el relato <i>La Edad de la Discreción</i>	27
2.4 El arraigo sociocultural en el relato <i>Monólogo</i>	31
2.5 El rol de madre y esposa en el relato <i>La Mujer Rota</i>	33
2.6 Conclusiones.....	38
Capítulo 3. El pensamiento de la mujer y sus procesos mentales.....	39
3.1 Mujer y psicoanálisis.....	40
3.1.1 Los conflictos psicológicos en el relato <i>La Edad de la Discreción</i>	40
3.1.2 El enfoque psicoanalítico en el relato <i>Monólogo</i>	47
3.1.3 El psicoanálisis en el relato <i>La Mujer Rota</i>	53
3.1.4 Conclusiones.....	60
3.2 El existencialismo y la identidad de la mujer.....	62
3.2.1 El existencialismo en el relato <i>La Edad de la Discreción</i>	66
3.2.2 El enfoque existencialista en el relato <i>Monólogo</i>	74
3.2.3 El problema existencial en el relato <i>La Mujer Rota</i>	80
3.2.4 Conclusiones.....	84
CONCLUSIONES FINALES.....	86
BIBLIOGRAFÍA.....	90

INTRODUCCIÓN

La obra de Simone de Beauvoir (1908-1985) se aboca a tres vertientes distintas: la ensayista, novelista y memorialista; su pensamiento se allega al existencialismo, realizando una importante contribución a esta corriente. A partir de sus vivencias personales y su visión de mundo comienza a escribir novelas, las cuales son una representación de lo que ella pretende comunicar. Sus novelas son en apariencia sencillas, sin embargo dejan entrever temas profundos como la libertad de elección, la pérdida de identidad y la problemática de género asociada a la institución familiar.

En torno a estos temas se hará el análisis de tres relatos que se presentan bajo el título **La Mujer Rota**, donde, desde la teoría literaria, se abordará la corriente de la *sociología de la literatura*, que enmarca la literatura dentro de un contexto social, convirtiéndola en un vehículo que comunica al lector las problemáticas propias de cada período de la historia humana. A través de la literatura es posible tener una noción más amplia de lo que es el mundo en general. A partir de la ficción, cuyo primer fin es entretener, sitúa al lector, además, en el contexto sociocultural dentro del cual se produjo la obra, según los intereses del autor. La literatura es el medio más eficaz para ampliar conocimientos, y la inserción de la sociología en ella no ha de extrañarnos, pues es un complemento. Por tanto, el análisis de los relatos de **La Mujer Rota** abordará la elección que hace la mujer de su papel en la sociedad, problemática frecuente en las producciones de Beauvoir.

Desde los comienzos de la historia, la mujer ha sido educada de acuerdo con un determinado rol, debiendo cumplir funciones que se han etiquetado como “acordes a su género”; la opresión del patriarcado la priva de toda elección ajena a los consensos sociales.

Con el correr del tiempo, y habiendo logrado diferentes derechos y acceso a cosas que antes le estaban vedadas, aún no logra desembarazarse de las “responsabilidades” propias de su género, pues su educación ha sido, desde la primera infancia, orientada a continuar en una posición inferior dentro de la sociedad. Si bien la mujer no ha logrado más de lo que el hombre tuvo a bien concederle, tampoco hace uso pleno de su poder de elección. El análisis se centrará en la situación de la mujer en su edad adulta: el matrimonio.

La institución del matrimonio significaba obligaciones y derechos completamente diferentes para cada sexo; el hombre contraía matrimonio como una opción, como el aseguramiento de su descendencia y del mantenimiento de la vida doméstica. La mujer era *tomada* y pasaba a ser propiedad del marido; ingresaba a la familia del cónyuge. Hoy la situación no se ha modificado mayormente: el matrimonio es considerado como un fin en la vida de las mujeres, significa su completa realización, junto con la maternidad. La joven desea casarse y, a su vez, la sociedad se lo impone de manera implícita; al no lograrlo, se convierte en una especie de desecho que no cumple ningún fin en la colectividad.

Si bien en la actualidad la libertad de la mujer es una opción que básicamente está en sus propias manos, generalmente sigue optando por la vida conyugal, al estar demasiado arraigado el concepto de *familia*. Es este punto el que se abordará al analizar los relatos de **La Mujer Rota**, de Simone de Beauvoir, libro que no fue muy bien acogido por la crítica y que, sin embargo, vendió 50.000 ejemplares en su primera edición. A pesar de haber sido catalogada casi como una *novela rosa*, la autora tiene claro cuál es su objetivo: comunicar. El destino de tres mujeres, el que ellas mismas han forjado, su sacrificio en aras del matrimonio y los hijos, se convierte en una carga de la cual sólo ellas pueden liberarse; y significan, para

la autora y sus seguidores, una situación digna de analizar, intentando ver más allá de la simpleza de las historias y comprender el trasfondo de estas.

La razón por la que la mujer no puede desprenderse del todo de la carga a la cual está condenado su "género", a pesar de haber logrado en gran medida su emancipación, corresponde a situaciones que han significado un lastre para ella a lo largo de la historia. Por ende, se pretende analizar el problema a través de tres perspectivas: la sociológica, la psicoanalista y la existencialista.

FORMULACIÓN DEL PROBLEMA:

Si bien la mujer desde los inicios de la historia ha ocupado una posición inferior a la del sexo opuesto, al estarle prohibida casi la totalidad de su participación dentro de la sociedad y cuya existencia giraba en torno al hombre, con el tiempo ha logrado insertarse de una manera más activa en la vida social. Hoy puede elegir de manera libre el destino más adecuado para su vida: le es permitido participar en política, estudiar, trabajar, incluso el matrimonio y la maternidad se convierten en meras posibilidades hacia las cuales encauzar su destino. Sin embargo, la situación de la mujer no se ha modificado mayormente: ahora, teniendo un gran número de posibilidades de elegir, sigue escogiendo el mismo camino: de la casa paterna pasa a la casa del marido y se consagra a su nueva vida de madre y esposa, postergando proyectos personales en aras de la familia. En **La Mujer Rota** se relatan tres historias, donde cada protagonista sostiene una gran lucha interior, al darse cuenta de la enajenación que sufrieron al consagrarse a sus maridos e hijos. La pérdida de identidad las lleva a aferrarse a su rol de esposa y madre, mas al no tener la seguridad que necesitan, al

perder el equilibrio de sus vidas, la crisis se hace presente, afectándolas hasta el punto de no reconocerse en sí mismas.

En estos relatos, las tres mujeres fueron libres de escoger el rumbo de sus vidas; sin embargo todas, en situaciones diferentes, caen en la desolación: una al envejecer y perder parte del control de su vida, otra al enloquecer y perder a su familia; y la tercera, la protagonista de la novela, al perder el amor de su marido. Esta enajenación en ningún caso es culpa del marido o los hijos; el daño que sufre la mujer, la dependencia a la vida conyugal, la construye ella misma. De este modo, es necesario plantearse el porqué de esta situación y establecer qué es lo que lleva a la mujer a continuar reproduciendo viejos patrones que antes le habían sido impuestos.

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

¿Cuáles son los factores que determinan la responsabilidad de la mujer ante la pervivencia de su rol social en función de la familia?

OBJETIVOS

GENERAL:

4. Comprender la conducta de la mujer como consecuencia de estar en el mundo, y cómo va construyendo su identidad.

ESPECÍFICOS:

- Situar los relatos de **La Mujer Rota** en el contexto sociocultural de la época.
3. Proponer una lectura de estas historias de vida desde la corriente de la sociología de la literatura.

- Interpretar los sentidos de estos relatos desde el psicoanálisis y el existencialismo como procesos internos en la construcción identitaria de la mujer

METODOLOGÍA

La investigación se realizará dentro de la metodología cualitativa, pues se abordará la obra desde un punto de vista interpretativo, con el fin de establecer las razones por las cuales la mujer insiste en construir su existencia en torno a quienes la rodean. Se realizará un análisis exhaustivo de la construcción identitaria de la mujer, mediante el estudio de estos relatos que llevan por título **La Mujer Rota** y la revisión de la literatura pertinente al caso.

Capítulo 1

Marco Teórico

1.1 Introducción

Los relatos contenidos en **La mujer Rota** abordan problemáticas que van mucho más allá de la simpleza de sus historias. Es posible encontrar, mediante el análisis de estos, tres corrientes en apariencia divergentes, pero que sin embargo se interrelacionan a lo largo del análisis de la imagen de la mujer. La confinación al cumplimiento de un determinado rol, el modo de concebir el mundo y la elección hacia una vida cómoda e impersonal, demandan un estudio que abarca la psicología de la mujer, su historia y posición dentro de la sociedad, además de una reflexión en torno al existencialismo, que ayudará a esclarecer la situación de la mujer a partir de el análisis de los problemas inherentes a su condición humana.

1.2. Mujer, literatura y sociedad

Para comprender la situación de la mujer en la sociedad, es necesario situar la novela en un contexto determinado, a fin de analizar las condiciones socio-históricas en las cuales fue escrita; todo esto, dentro de la *sociología de la literatura*, corriente que pretende relacionar los hechos literarios con la realidad de las sociedades humanas. Este análisis permitirá comprender los factores que influyeron en el pensamiento de la autora y especificar los aspectos sociales pertinentes a la época en que la novela fue escrita.

En rigor, la literatura ha nacido, por lo común, en íntimo contacto con determinadas instituciones sociales (...) la literatura tiene también una función o “uso” social, que no puede ser puramente individual. De aquí a que una gran mayoría de las cuestiones planteadas por los estudios literarios sean, por lo menos en última instancia o por derivación,

cuestiones sociales :cuestiones de tradición y convención, de normas y géneros, de símbolos y mitos. (Wellek,R. y Warren, A, 1966, 112)

Las temáticas que pretende comunicar Simone de Beauvoir en **La Mujer Rota** son pertinentes a sus propios intereses: su abierta negación al matrimonio y a todo lo que signifique la pérdida de autonomía de la mujer, marcan la pauta inicial para interpretar la novela. Otro punto digno de analizar es el contexto social de la época: la novela fue escrita en 1968: recién entonces la mujer había comenzado a asimilar el logro de cierta emancipación en una sociedad “hecha para hombres”, empieza entonces la verdadera lucha por la igualdad de derechos. Por esta razón, puede afirmarse que el análisis de la novela desde la corriente de la sociología de la literatura, es el primer paso para situar la novela en un contexto determinado y develar las causas del problema de la constitución de roles según el género.

La conformación de valores determinados, la legitimación de conductas sociales y la asignación de roles específicos están lo suficientemente arraigados como para comprender la razón por la cual la propia mujer *elige* su destino en función de la familia. Empero, esto no es suficiente para justificar la reproducción de tales conductas. La mujer, aparte de haber sido *condicionada* para reproducir su rol, *desea* también su femineidad, *depende* emocionalmente de su familia y *teme* el rechazo de sus pares. Al perder el control de la vida que ha escogido, advierte que, finalmente, su existencia ha estado sujeta a circunstancias ajenas a ella, imposibles de ser controladas, pues no forman parte de sí misma.

A través de lo expuesto anteriormente, es posible afirmar que las condiciones biológicas del ser humano (el sexo, en este caso) pueden, de alguna manera, ser

determinantes durante el proceso de socialización (en este caso, el proceso de construcción de género); todos los comportamientos del ser humano se desarrollan según el modelo social imperante, por lo cual se hace imposible catalogar los roles sociales como *funciones naturales* de cada género.

La canalización social de actividades constituye la esencia de la institucionalización, que es el fundamento para la construcción social de la realidad. Por ello, puede decirse que la realidad social no solo determina la actividad y la conciencia, sino que también, en gran medida, el funcionamiento del organismo. (Berger y Luckmann, 2006:223)

Touraine propone, como primer paso, reconocer la diferencia entre los sexos para reorganizar la sociedad, donde se supere “la polaridad de lo privado y lo público, la autoridad y el afecto”¹; a diferencia de Simone de Beauvoir, que considera necesario eliminar la identidad sexual en el mayor número de conductas sociales posibles con el fin de eliminar las prácticas machistas en el área laboral, tales como el acoso sexual o la baja de salarios. La separación entre lo social y lo sexual permite mantenerse al resguardo de todo tipo de concepciones erróneas al momento de la participación de la mujer como actor social. De esta manera, es posible deshacerse de todo prejuicio en cuanto a la identidad de la mujer.

Por otra parte, existe dentro de la teoría literaria la llamada *teoría literaria feminista*, que aborda la literatura escrita casi exclusivamente por mujeres, sobre temas inherentes a la

1 Touraine, Alain.(1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: Editorial Losada, p.195

posición de la mujer en la sociedad, ya sea de manera directa o indirecta. Cabe destacar que, por más neutral que se intente ser, no es posible escapar a la reflexión crítica de los temas en cuestión, pues el objetivo principal de la teoría literaria feminista es intentar exponer las prácticas machistas con el fin de erradicarlas². En lo que concierne a la teoría literaria francesa, tiene como referente las teorías de Beauvoir, que rechaza toda concepción de la mujer como un ser *naturalmente* destinado a cumplir una determinada función.

De la crítica feminista de Simone de Beauvoir se desprende un enfoque existencialista, que ofrece parte de las claves del análisis e interpretación de los relatos de **La Mujer Rota**. El hecho de considerar la existencia como precedente a la esencia, niega toda noción de naturalidad en la construcción identitaria de la mujer. En este punto se llega a lo medular de la tesis propuesta: una vez que se niega la condición natural de la mujer, comienza la búsqueda de las causas que terminan por situar a la mujer en una determinada posición en la sociedad. A su vez, y mediante una revisión de estudios psicoanalistas y de teorías existencialistas, se intenta explicar la responsabilidad de la mujer en la perpetuación de su rol social.

1.3 Mujer y psicoanálisis

Al analizar la novela desde el punto de vista psicoanalítico, se encuentra un factor común en las tres mujeres protagonistas: el carácter histérico. Todas ellas presentan rasgos propios de la histeria, que nace de la inseguridad que experimentan en un momento determinado, específicamente cuando sus esquemas de vida se ven alterados. Las crisis de angustia conducen a la mujer a comportamientos obsesivos, atosigan con preguntas a

2 Moi, Toril (1988). *Teoría Literaria Feminista*. Madrid: Cátedra, p. 10

quienes la rodean. “La mujer típica de este carácter es la que pregunta siempre: *¿Me quieres?...¿Cuánto?...¿A qué hora vas a venir?...etcétera*” (Tallaferro,1965:235).

Para comprender en más profundidad la imagen de la mujer en los tres relatos de **La Mujer Rota**, es necesario remontarse hacia los estudios de Freud, que sin embargo son cuestionados en cierta medida por Simone de Beauvoir. Freud postula que en el desarrollo sexual infantil, específicamente en la fase fálica, la niña cree que todos poseen falo, y al notar su ausencia, surge el complejo de castración³, debiendo renunciar a sus pretensiones viriles.

(...) así como aquél vence mediante la identificación con el padre el sentimiento de rivalidad y la angustia de castración, también la niña elimina dichos sentimientos por medio de la identificación con la madre. Con ello se refuerza considerablemente su femineidad, del mismo modo que el niño con la identificación del padre refuerza su masculinidad. (Tallaferro, 1965:191)

La niña, en un principio, hubiese deseado parecerse al padre; pero reacciona, en su lugar, identificándose con la madre e intentando seducir al padre. La ternura que le inspira al padre le sirve como compensación a su complejo de inferioridad. Esto explica el sentimiento de inferioridad de la mujer con respecto al hombre; tanto en la infancia como en su edad adulta, busca en el hombre la protección que necesita, pues al considerarse inferior, se considera también débil. Necesita atraer la atención y obtener la aprobación de aquel a quien

3 Freud, Sigmund (1941). *Obras Completas*. [PDF], p.2891

quiso parecerse antes de comprobarse mutilada. Así, la protagonista de **La Mujer Rota**, Monique, desea fervorosamente la protección de su marido; busca incluso su aprobación consagrándose a la familia y siguiéndolo, en un principio, en sus trabajos como médico.

No obstante, el enfoque psicoanalítico de la formación de la mujer choca en gran medida con las teorías de género, apuntando principalmente a que Freud determina el desarrollo del niño y la niña en torno al falo, es decir, la teoría freudiana se formula en función del hombre, relegando nuevamente a la mujer como Objeto: si Freud presenta al hombre como Sujeto, no se puede olvidar que la supremacía masculina fue establecida por el orden social⁴.

En estudios posteriores, realizados por los discípulos de Freud, se reconoce que todo aquello que sea considerado como neurosis debe guardar cierta relación con el contexto sociocultural, es decir, si la neurosis es definida como una desviación de la conducta del sujeto de acuerdo con la norma, es necesario admitir la imposibilidad de atribuir ciertos comportamientos a cuestiones puramente biológicas o *naturales*, pues la conformación identitaria de los individuos responde intrínsecamente a los procesos de socialización a los cuales han estado sujetos.

El menosprecio de los factores culturales por Freud, además de conducir a generalizaciones erróneas, obstaculiza sobremanera la comprensión de las fuerzas reales que motivan nuestras actitudes y actos. A nuestro modo de ver, desestimación constituye la principal razón por la cual el psicoanálisis, mientras siga fielmente las sendas teóricas trazadas por

4 Beauvoir, Simone.(1949). *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Sudamericana, p.49

Freud, y a pesar de sus perspectivas en apariencia ilimitadas, se encontrará en un callejón sin salida, como lo testimonia la exuberante producción de teorías abstrusas y el empleo de una terminología nebulosa. (Horney, 1945:36)

La diferenciación que se hace entre el hombre y la mujer, como ya se ha visto, responde al modelo impuesto por una sociedad patriarcalizada; desde los inicios de la historia humana se ha socializado a cada sexo a partir del cumplimiento de un rol específico, en torno a valores y normas determinadas:

...las ideas culturales dominantes acerca de los sexos indican que estas han servido para dividir la totalidad de las cualidades humanas en dos esferas diferentes: el mundo masculino de la racionalidad y la competencia y el mundo femenino de la emocionalidad y la cooperación. Las fórmulas feministas cuestionan la afirmación que los rasgos masculinos son inherentemente más importantes que los femeninos y agregan que todos los seres humanos, independientemente de sus condiciones y orientaciones sexuales, son capaces de generar los mismos rasgos. (Ceballos, 1997:251)

Por otro lado, la construcción del género femenino se desarrolla según las expectativas eróticas del hombre corriente: una mujer cuya personalidad es reducida al mínimo, impersonal, que carece de valor propio. El deseo de encajar en el modelo social, específicamente en función de la pareja, la lleva a falsear su propio yo. Viktor Frankl llama a este prototipo de mujer con el nombre de *girl*.

Por ese camino falso, la mujer va desviándose cada vez más de la auténtica vivencia amorosa, de la realización del verdadero amor. Cuando el hombre la busca aparentemente a ella, buscando en realidad el “tipo” que representa, no se dirige a ella misma. Sumisa a los deseos del hombre, le da lo que él necesita de ella, lo que quiere “poseer” (Frankl, V., 1949:177)

En la cita anterior se da cuenta del esfuerzo que hace la mujer por ganar un espacio en la sociedad patriarcal, aunque signifique sacrificar su propia identidad. La mujer se presiona a sí misma para encajar dentro de la normalidad, perpetuando así la reproducción de la desigualdad de género.

1.4 Mujer y existencialismo

En **La Mujer Rota** se percibe la imagen de la mujer, en palabras de Sartre, como un *ser en sí*, es decir, su existencia es indiferenciada con respecto al mundo. Los personajes femeninos de la novela se encuentran en una suerte de limbo, entre el *ser en sí* y el *ser para sí*, el logro de la libertad. Ya no pertenece a ninguno de estos dos estados, pues ha tomado conciencia de su inmanencia, pero no tolera la responsabilidad de cargar con su propia vida.

El concepto de *ser en sí* reduce a la mujer a una total imparcialidad; su identidad es inexistente, pues se amolda a comportamientos y modos de vida requeridos por la sociedad. El hombre se considera el Sujeto y la mujer el Objeto, la otredad, no es otra cosa que lo que el hombre quiere que sea. En consecuencia, desde la primera infancia, la mujer se educa en

función del hombre: sus atavíos tienen como propósito resaltar su *femineidad*, los juegos reproducen la maternidad y el cuidado de la casa, sus estudios se orientan hacia áreas laborales mayormente ocupadas por mujeres. Viktor Frankl acuña el concepto de *girl* para referirse a este tipo de mujer: su identidad es reducida al mínimo, convirtiéndose en un mero *prototipo*. La imagen de la mujer exhibido en revistas femeninas, en el cine, dota a la mujer real de un valor escaso, de gusto masivo, destinada a satisfacer las necesidades del hombre. La mujer ha sido educada para *gustar* al hombre, para responder a sus expectativas, sin una identidad propia y sin autonomía.

Sartre propone, para liberarse de la carga que supone ser “normal”, desligarse de la propia personalidad; pues esta se forma a partir de las experiencias sociales que no pertenecen a la esencia misma de la existencia. Es necesario también renunciar al pasado, pues representa el “yo” objetivado. La mujer entonces, para redimirse de toda opresión debe reconstruir su existencia deshaciéndose de su historia y dirigiéndose solamente hacia el porvenir.

La segunda trampa (ligada a la despersonalización y desocialización) consiste en *renunciar al pasado*. “ser sin olor y sin sombra, sin pasado, no ser nada más que un invisible arrancarse a sí mismo hacia el porvenir”, declara Daniel Sereno, en *L' âge de raison*. El pasado es mi “yo” solidificado, objetivado, mi “facticidad”: yo lo arrastro tras de mí como algo muerto. (Jolivet, R., 1962, 141)

Cabe señalar la interesante relación entre el psicoanálisis y el existencialismo con respecto a la noción de *angustia*; ambas corrientes sostienen que es un sentimiento

inherente al ser humano; en el caso del psicoanálisis, se asocia al sentimiento de peligro, de impotencia y, en el caso más extremo, al recuerdo de un episodio traumático⁵. El existencialismo, por su parte, plantea la angustia como resultado de la conciencia del ser, es decir, al tomar conciencia sobre la propia libertad, aparece la angustia ante la responsabilidad de la propia existencia⁶. Al enfrentarse a un estadio nuevo, el de la objetividad, sobreviene la sensación de peligro, de impotencia ante la incapacidad de actuar asertivamente.

De este modo, en la novela, cuando le es arrebatado a la mujer lo que para ella significaba el sentido de su vida y repara en su inmanencia, se pone de manifiesto el sentido de la libertad y su responsabilidad ante su propio existir. Como consecuencia del sentimiento de inseguridad que genera esta situación, se manifiesta la angustia. La mujer, entonces, deberá tomar una determinación frente a su porvenir: puede asumir su condición como un ser libre y responsable de sí mismo, o bien la negará, buscando una razón externa para justificar la propia existencia.

En la novela, la angustia experimentada por las mujeres, aunque se desencadena por situaciones reales, el temor que las embarga responde a cómo es interpretado por ellas. De esto se desprende que, si bien el miedo y la angustia son reacciones frente a situaciones de peligro, en el caso del miedo este peligro es evidente y objetivo; en la angustia, en cambio, es subjetivo, se relaciona con el significado que tiene la situación para la persona. Así, se aprecia la exageración de las protagonistas ante situaciones bastante sencillas que no esconden ninguna carga simbólica.

5 Odier, Charles (1947). *La Angustia y el Pensamiento Mágico*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, p.43

6 Jolivet, Régis (1962). *Las Doctrinas Existencialistas*. Madrid: Gredos, p.10

No es posible concluir el marco teórico sin considerar las propias teorías de la autora de la novela. En su libro *El Segundo Sexo* expone causas, razones y consecuencias de la posición social de la mujer, haciendo un análisis exhaustivo sobre la condición del género femenino:

Como esposa es como primeramente se descubre la mujer en el patriarcado, puesto que el creador supremo es varón. Antes de ser madre del género humano, Eva es compañera de Adán; le ha sido dada al hombre para que éste la posea y la fecunde del mismo modo que posee y fecunda el suelo; y, a través de ella hace de toda la Naturaleza su reino. No es solo un placer subjetivo y efímero lo que el hombre busca en el acto sexual. Quiere conquistar, tomar, poseer; tener una mujer es vencerla; penetra en ella como la reja del arado en los surcos, la hace suya como hace suya la tierra que trabaja; labora, planta, siembra: estas imágenes son tan viejas como la escritura desde la Antigüedad hasta nuestros días, podrían citarse mil ejemplos: “La mujer es como el campo y el hombre como la simiente”, dicen las Leyes de Manú. en un dibujo de André Masson, se ve a un hombre, con una pala en la mano, que cava el huerto de un sexo femenino. La mujer es la presa de su esposo, su bien. (Beauvoir, 1949:154)

De esta forma, es preciso afirmar que la intención de Beauvoir al escribir novelas no es crear una obra con un mero objetivo artístico; sus producciones literarias son de estructura sencilla, debido a que su propósito final es comunicar “el gusto de su propia vida”. De esta forma, en **La Mujer Rota** se aprecia la condición de tres mujeres que caen en la

desolación cuando advierten que sus vidas y sus identidades les han sido negadas dentro de una *sociedad hecha a la medida del hombre*.

Capítulo 2

Literatura y sociedad: La construcción identitaria de la mujer

2.1 La Sociología de la literatura

Para definir a la mujer y comprender la conformación de su identidad dentro de la novela, es preciso analizar los factores sociales, políticos y culturales que inciden en su construcción identitaria, enmarcándolos dentro de la literatura como reflejo social de una época determinada. Para esto se analizará la novela específicamente desde la corriente de la sociología de la literatura.

Se concibe la literatura como una *institución social*, pues ha sido creada por la sociedad misma bajo un sistema de códigos y una estructura consensuada por un grupo social determinado. Asimismo, la literatura constituye una forma de representar la realidad, ya sea reflejando ciertos aspectos de la vida en sociedad, o interpretando la realidad según la visión del autor.

En buena parte, el procedimiento más corriente para abordar la cuestión de las relaciones entre la literatura y la sociedad es el estudio de obras literarias como documentos, sociales, como supuestos retratos de la realidad social. Tampoco se puede dudar de que quepa extraer de la literatura alguna especie de cuadro social. (Wellek y Warren, 1966:123).

En **la Mujer Rota** predomina este último aspecto; pues si bien pueden recogerse ciertos datos que bosquejan la realidad social de la época que representa, es finalmente el autor quien interpreta aquellas representaciones sociales, en este caso, ahondando en los procesos psicológicos de sus personajes protagonistas.

2.2. El contexto sociocultural

La novela **La Mujer Rota** fue publicada en Francia, en el año 1968; período en el cual se produce una revuelta que intenta terminar con el sistema autoritario de la época; En este contexto se movilizaron las primeras feministas francesas, participando activamente en los movimientos izquierdistas. Sin embargo, pronto notaron que, a pesar de ser partícipes de la revolución, continuaban siendo relegadas a cumplir funciones propias de su género; sus camaradas de sexo masculino no iban a simpatizar con el movimiento feminista.

En mayo, las mujeres habían tenido que luchar junto a los hombres en las barricadas para darse cuenta de que se seguía esperando de ellas que satisficieran a sus camaradas masculinos con sus servicios sexuales, culinarios y de secretaría. (Moi, 1988:105).

Si bien la mayoría de las mujeres preocupadas por la problemática de género -entre ellas Simone de Beauvoir- creía que, junto con la desaparición de las desigualdades sociales concernientes a la lucha de clases, se solucionaría también la condición de la mujer como Objeto, pudieron darse cuenta más tarde que la lucha de clases es independiente de la lucha por la igualdad de género, pues, como señala Beauvoir, las condiciones de ambas entidades como agrupación es completamente distinta.

Y es que las mujeres carecen de los medios concretos para congregarse

en una unidad que se afirmaría allí oponerse. Carecen de un pasado, de una historia, de una religión que les sean propios, y no tienen, como los proletarios, una solidaridad de trabajos y de intereses (...) Viven dispersas entre los hombres, atadas por el medioambiente, el trabajo, los intereses económicos, la condición social, a ciertos hombres -padre o marido- más estrechamente que a las demás mujeres. Burguesas, son solidarias de los burgueses y no de las mujeres proletarias; blancas, lo son de los hombres blancos y no de las mujeres negras. (Beauvoir, 1949:21).

La carencia de una historia en común acarrea como consecuencia la dificultad de las mujeres para reconocerse como una colectividad con fines específicos; no pueden construir una identidad como grupo social, pues el hecho de ser hombre o mujer no debería considerarse como un elemento condicionante en su rol social. Sin embargo, casi todas las culturas funcionan bajo un sistema patriarcal, son los hombres quienes constituyen la sociedad y la mujer es subyugada a ella, se le considera como una especie de *ayudante* del hombre: debe ser su compañera sexual, la encargada de criar los hijos y de resguardar el hogar. Y en el caso de que la mujer aspire a ocupar un lugar dentro de aquella sociedad, se esperará que sea mediante una profesión que guarde relación con su rol de género y que se han estigmatizado como profesiones propiamente femeninas: maestra, enfermera, secretaria; reproducen la labor de esposa y madre de familia: asistir, educar, servir⁷.

Con el correr del tiempo, la mujer ha podido ampliar sus posibilidades de ocupar diversas posiciones dentro de la sociedad y ya casi ha sido liberada -por lo menos en lo legal tiene casi los mismos derechos del hombre- de la perpetuación de su rol social. Es

⁷ Beauvoir, Op. cit., p. 676

necesario ahora analizar los factores socioculturales que contribuyen a la pervivencia de su identidad modelada en torno a la vida familiar.

En la novela se presentan tres mujeres casadas, con hijos, de buena situación económica. Sus edades oscilan entre los cuarenta y los sesenta años; dos de ellas ya han terminado su labor como madre. Las tres poseen educación, a través de los relatos se pueden reconocer como personas relativamente cultas. En su desempeño como madre y esposa, cada protagonista ha realizado estas tareas de acuerdo con lo que consideran correcto, y en cada caso esto ha traído determinadas consecuencias. Los tres relatos coinciden en el estado de *enajenación* que estas tres mujeres experimentan en algún momento, pues la satisfacción que debieran sentir al cumplir su labor de manera eficiente, no alcanza a llenar sus expectativas: no sienten ningún tipo de retribución y piensan que su papel como madre no ha sido valorado.

2.3 Mujer y sociedad en el relato *La Edad de la Discreción*

El primer relato se configura alrededor de una familia donde ni la mujer ni el hombre son prototipos representativos del *padre de familia* ni de la *dueña de casa*. Se trata más bien de un matrimonio en donde no existen relaciones de jerarquía; tanto la protagonista como su esposo mantienen una relación simétrica, donde cada cual puede tomar decisiones sobre diferentes asuntos. Ambos tienen profesiones semejantes y trabajan con la misma intensidad. No se establece quién se preocupa de las labores del hogar; es probable que ambos cónyuges lo hagan; además, cuentan con los servicios de una cocinera.

La relación conyugal se basa en el respeto mutuo, la confianza y la verdad ante

cualquier situación, valores que han permitido que el matrimonio se haya desarrollado armoniosamente. Empero, la diferencia entre ellos se hace manifiesta cuando se trata de la educación de su hijo Philippe. La labor de formar al hijo recae directamente sobre la mujer, no por la falta de interés del padre, sino que por la excesiva aprehensión de la madre. Ella se ha encargado de educar a Philippe de acuerdo con los valores que ella y su marido comparten, y ha logrado hacer de su hijo un hombre de la que se siente orgullosa, hasta que Philippe decide configurar su vida de acuerdo con sus propios intereses, desligándose de su madre.

No, no me pertenecía ya, para nada. Incluso su aspecto físico había cambiado: otro corte de pelo, ropa más a la moda, el estilo del distrito XVI. Yo he sido quien ha dado forma a su vida. Ahora, asisto a ella desde fuera como un testigo distante. Es la suerte común a todas las madres; pero quién se ha consolado nunca diciéndose que su suerte es la suerte común? (Beauvoir,1968:25).

Es necesario señalar que, el meollo de la disputa entre madre e hijo, se debe a valores intrínsecamente políticos. Phillipe ha sido criado en un ambiente izquierdista; el mismo ha promovido la revolución y ha participado en manifestaciones en contra del sistema político francés. Se refiere esto al contexto político de la década de los sesenta en Francia; escenario de reiteradas revueltas entre estudiantes y grupos izquierdistas y el gobierno de Charles de Gaulle, que propiciaba una sociedad de consumo, favoreciendo a las clases sociales burguesas.⁸

8 De Boisdeffre, Pierre. *El Mayo Francés de 1968* [en línea] , Revista El Aleph, Edición N°147

El contexto socio-histórico de este relato es relevante para comprender las razones por las que la protagonista se siente profundamente traicionada. En los años sesenta, existía un fuerte sentido de compromiso con las causas sociales y una marcada división entre los izquierdistas y los partidarios de la política de gobierno. De esta manera, la madre toma la resolución de su hijo -aceptar un puesto en el Ministerio de Cultura- como una traición a todos los valores que unían a la familia, y lo considera razón suficiente para cortar las relaciones con él.

Junto con la lucha de clases de la época, la mujer intenta también emanciparse del yugo patriarcal⁹. Y la protagonista del relato no pertenece a la mujer promedio de la época; ha luchado por ser reconocida en su trabajo, ha luchado por las causas políticas a la par con sus camaradas de sexo masculino. Pero como madre aún conserva el afán de subyugar al hijo a sus propias ideas, y sufre cuando comprende que ya no le es necesaria. Le cuesta desligarse de su rol maternal: *“He tenido un sobresalto de cólera; era inconcebible que no me hubiera consultado desde que la idea de abandonar la Universidad había brotado en su cabeza”*

Es posible que, por medio del hijo, la protagonista intente también aprehender el mundo¹⁰, ella misma reconoce que por ser mujer le ha costado bastante abrirse camino en el mundo. Por esta razón, ha desarrollado un carácter estoico, la firmeza con la que educa a su hijo se asemeja a la autoridad paterna. Su marido, en cambio, adopta una actitud conciliadora; él, en su condición de hombre, no ha tenido que hacer esfuerzos extras para afirmarse como Sujeto; sus pensamientos no variarán aunque su hijo decida adoptar otra forma de vida. En cambio la madre, que ha estado en una lucha constante contra la

⁹ Moi, Op. cit., p. 105

¹⁰ Beauvoir, Op. cit., p. 511

sociedad, considera una aberración que su propio hijo no considere válida la visión de mundo que ella ha intentado imponer frente a todos, por esta razón considera la actitud de su hijo como un ataque personal.

Felizmente para el muchacho, puede escapar fácilmente a esta influencia: las costumbres y la sociedad lo animan a ello. Y la madre misma se resigna: sabe muy bien que la lucha contra el hombre es una lucha desigual. Se consuela representando a la *mater* dolorosa o rumiando el orgullo de haber engendrado a uno de los vencedores. (Beauvoir, 1949:503).

En su condición de madre, la protagonista tiene la batalla perdida desde un principio: el hijo debe, en algún momento, desligarse de ella. Y a pesar de poseer un pensamiento diferente en cuanto al rol de la mujer en la sociedad, reproduce el patrón de muchas mujeres, al querer “sentirse realizadas” por medio de la crianza del hijo. Y esto, según el pensamiento feminista, es un error: una madre debe serlo asumiendo el compromiso de elegirlo libremente y para formar una persona independiente; no para alcanzar satisfacciones personales o suplir carencias; madre e hijo no deben pertenecerse mutuamente. Parafraseando a Simone de Beauvoir, “*esta pertenencia mutua no constituye, en verdad, sino una doble y nefasta opresión*”.¹¹

2.4 El arraigo sociocultural en el relato *Monólogo*

En contraposición con el relato anterior, la protagonista de *Monólogo* pretende

¹¹ Beauvoir, *Ibid.*, p. 511

desempeñar su función de madre y esposa de acuerdo con las exigencias sociales. No por una vocación desinteresada, sino por apegarse a la norma social, que le concede a la familia una importancia por sobre cualquier otro valor o institución. De pensamientos nada liberales, Murielle oprime a su familia, acarreado como consecuencia la desintegración total de esta.

La noción de familia que Murielle maneja es bastante básica y tradicional: un marido que se encargue de proveer a su mujer e hijos, y que brinde una protección adecuada al nido familiar. En cuanto a los hijos, espera hacer de ellos unas personas de conducta intachable, con una fuerte formación moral. Es tal su obsesión por tener una familia *bien constituida*, que ejerce la opresión hasta el punto de ser causante del suicidio de su hija mayor, de su separación conyugal, y de la pérdida de la custodia de su hijo. El ideal de familia de Murielle es, pues, bastante tradicional, y la angustia de verse privada de ella proviene del temor de ser sancionada socialmente.

A través del relato se revela la dependencia de Murielle a la sociedad. En sus mejores tiempos, se caracterizaba por ser una persona con una vida social activa, que daba grandes fiestas y contaba con muchos amigos, sin embargo, estas relaciones sociales estaban marcadas por las apariencias y la frivolidad. Al madurar, queriendo seguir el modelo convencional, se dedica al matrimonio y a la familia, pues considera que es lo que corresponde a su edad.

Con Dedé nos divertíamos queda elegante dos hermosas muchachas en
descapotable los cabellos al viento; en Roma de noche en la Piazza del
Popolo hacíamos un adulado espectáculo. Con otros amigos también me

he divertido. ¡Pero sola! A mi edad ¿qué aspecto tiene una en las playas, en los casinos si no se tiene un hombre al lado? (Beauvoir, 1968:104).

Y más adelante añade, al intentar conservar su estatus de esposa y madre de familia, añade:

(...) no hay razón para que no vivamos bajo el mismo techo. Y es preciso por Francis. Piensa un poco en él no he hecho otra cosa en toda la noche y me destrozo. Es malo para un niño tener padres separados se vuelven hipócritas viciosos mentirosos tienen complejos nose desarrollan. Quiero que Francis crezca. No tienes derecho a privarle de un verdadero hogar... (Beauvoir, 1968:113).

Según Simone de Beauvoir, la institución familiar está estrechamente relacionada con la vida en sociedad; la familia es el reflejo del estatus que se goza. Es por esta razón que la mujer desea ser reconocida en el medio social como madre, como esposa y como mujer, y la manera de demostrarlo es evidenciando la prosperidad de su hogar mediante diversos medios, especialmente hablando de ello y exhibiendo sus posesiones, como si fueran tesoros, en las reuniones con sus pares.¹²

Tanto la vida en sociedad como la institución familiar, que se encuentran reflejadas en este relato responden al modelo social, económico y cultural de la época, basada en la expansión económica, el aceleramiento de la globalización y el concepto de familia como

¹² Beauvoir, *Ibid.*, p. 516

base del progreso social. Murielle, entonces, reproduce el modelo de madre, esposa y mujer que impera en la sociedad de la época; su identidad la desarrolla según la experiencia que adquiere en su proceso de socialización. Ciertamente sus desequilibrios mentales la conducen a desviarse de la norma, debido a su carácter obsesivo, sin embargo es necesario resaltar la influencia que el modelo social ha ejercido sobre ella.

2.5 El rol de madre y esposa en el relato *La Mujer Rota*

Este relato concilia los extremismos de las dos historias anteriores: si en el primero la relación conyugal perdura y en el segundo se desintegra, la historia de Monique muestra un matrimonio basado en el amor y el respeto, pero también en la división de roles; la relación ha sido armoniosa, mas termina por degradarse y culminar en el abandono. Y en el aspecto sociocultural, si la protagonista del primer relato repudiaba todo orden social basado en la jerarquía y los intereses económicos, mientras que Murielle se obsesiona por pertenecer a la sociedad y ser reconocida en ella, Monique, en tanto que rechaza las aspiraciones vacías y el afán de aparentar, deja sus intereses de lado para dedicarse por completo a su familia, reproduciendo así el modelo familiar tradicional.

Monique, entonces, es quien representa más fielmente la imagen de la mujer de familia, las conductas que presenta desempeñándose como madre y esposa develan su carácter servicial y su dedicación a las tareas del hogar, repercuten en su relación conyugal, en la formación de sus hijas y en la determinación de su propia identidad. “Ésta es una de las razones -la principal- por las cuales no tengo ninguna gana de atarme a una tarea: difícilmente soportaría no estar a disposición de quienes me necesitan”, sostiene ella¹³.

13 Beauvoir, *Ibid.*, p.123

La abnegación con la que se entrega a la vida de familia tiene una motivación que intenta convertirla en la justificación de su existencia: el amor. Su ideal de vida corresponde a la asimilación del matrimonio como un compromiso en donde el amor, al menos en su caso, debiera durar de por vida.

Recientemente el amor romántico, bajo la forma de “amor conyugal”, ha llegado a constituir el fundamento del matrimonio. Como lo señala con justeza Simone de Beauvoir, el matrimonio del siglo XX ya no se basa en una elección, como sucedía en la época del “matrimonio de la razón”, sino en una lógica del sentimiento. Si dos compañeros se sienten emotivamente necesarios el uno al otro oficializan su vínculo. (Havel, 1965:161).

El hecho de que Monique abandonase todo proyecto personal en aras del amor significa que esperará lo mismo por parte de su marido. Cuando se develan las causas de la infidelidad de Maurice, sale a flote el desinterés de Monique por su carrera y el obstáculo que esto significó para él, pues ella le impidió avanzar en su carrera por conservarlo a su lado. No es de extrañarse, pues, que reaccione de esta manera: ella no comprende el mundo en el que se desenvuelve su marido.

A menudo, durante los primeros años, la mujer se mece en una cuna de ilusiones, trata de admirar incondicionalmente a su marido, de amarlo sin reservas, de sentirse indispensable para él y los niños; luego sus

verdaderos sentimientos quedan al descubierto; se percata de que su marido podría prescindir de ella, que sus hijos están hechos para desprenderse de ella. (Beauvoir, 1949:458).

El lugar al cual es relegada la mujer en la sociedad no le permite trascender en la vida; el hombre espera de ella una serie de cosas, sin embargo, la mujer no puede esperar lo mismo, pues no existe una relación de reciprocidad. De acuerdo con lo expuesto en la cita anterior, se puede percibir que Monique cree que recibirá la debida retribución por parte de su marido, que se consagraría también a amarla; pero pronto se da cuenta que Maurice ha esperado de ella actitudes francamente contradictorias. Si pareciera admirar la dedicación de su mujer por el hogar, luego protesta por el poco interés que muestra Monique por hacer algo por sí misma; le agrada el amor devoto de su esposa, pero le molesta que dependa tanto de él. Así, Monique se enfrenta a una serie de cuestionamientos sobre si ha sido verdaderamente valorada en su vida matrimonial.

Cuando uno ha vivido tanto para los demás, es un poco difícil reconvertirse, vivir para sí mismo (...) “Eres maravillosa -me decía Maurice; me lo decía tan frecuentemente, con un pretexto u otro-, porque al dar gusto a los otros te das gusto a ti”. Yo me reía: “Sí, es una forma de egoísmo.” Esa ternura en sus ojos: “La más deliciosa que exista” (Beauvoir, 1968:141).

Más adelante, Monique descubre la poca valoración que Maurice demuestra por la labor de esposa y dueña de casa e intenta compararlas con las mujeres que trabajan fuera del hogar, estableciendo sobre estas ultimas una especie de superioridad. Esto desconcierta

a Monique, pues considera una contradicción el hecho de que su marido haya aprobado su elección de consagrarse a las labores de familia, y luego admire a las mujeres que trabajan fuera del hogar.

“Las mujeres que no hacen nada no soportan ni el olor de las que trabajan.” La expresión me sorprendió y me hirió. A Maurice le parece bien que una mujer tenga una profesión (...) Pero en fin, admite que para una mujer hay otras maneras de realizarse (...) Me resulta insoportable que haga suyo el desdén de Nöellie por las mujeres que “no hacen nada” (Beauvoir, 1968:156).

Así, Monique percibe una serie de cambios en el pensamiento de Maurice, quien claramente ha modificado su perspectiva de vida. Pareciera haber sido influenciado por Nöellie, mujer que encarna el modelo social, político y cultural del país. Sus gustos, su carrera brillante, su buena posición social, reflejan los intereses que se persiguen en una sociedad incipientemente capitalista. De esta manera, en este último relato es posible percibir el doble estándar del sistema político francés: se propicia la jerarquización social y la competitividad¹⁴, generando una ilusión de progreso e igualdad de oportunidades, pero se mantienen las ideas conservadoras, como el ideal de la familia bien constituida.

2.6 Conclusiones

Contextualizar la novela en el período en que fue escrita, permite entregar una idea

1 4 De Boisdeffre, Op. cit.

aproximada de cómo el orden sociopolítico repercute en el núcleo familiar, especialmente en el rol de la mujer como madre y esposa. Se ve enfrentada a una ambivalencia, pues está en apogeo el movimiento de liberación femenina; se promueven ideas de emancipación, y a la vez, existe un fuerte arraigo en lo que concierne al concepto tradicional de familia. Es por esto que se afirma que la década de los sesenta es considerada como la época de la “crisis de la familia”¹⁵. No es en vano, entonces, que se escriba una novela que trate las crisis familiares, enfocadas desde la figura femenina, pues la ambivalencia que sufre la mujer en este período, constituye un replanteamiento radical de su posición en la sociedad, que se encuentra en un conflicto entre dos ideologías diferentes. Surge así la necesidad de una nueva literatura, que interprete la realidad desde la perspectiva de la mujer, utilizando su propia voz. Así, en **La Mujer Rota**, se da a conocer la mirada de tres mujeres diferentes, que exponen su opinión sobre la sociedad de la época, su lugar como ciudadana, y su perspectiva acerca de la crisis familiar en la que se encuentran.

15 Le Gall, Didier 2008. La evolución de la familia en Francia [en línea]. Volumen 17, N°4

Capítulo 3

El pensamiento de la mujer y sus procesos mentales

3.1 Mujer y Psicoanálisis

La construcción identitaria de la mujer en la novela **La Mujer Rota** se debe considerar

tanto su desempeño en la esfera social como sus procesos internos. Se debe establecer el carácter psicológico de esta, a fin de esbozar la sexualidad femenina desde su primera infancia y las repercusiones que esta acarrea en su vida adulta. Los personajes femeninos de la novela presentan de partida un rasgo común: el carácter histérico¹⁶, que es posible analizar, en primer lugar, desde las teorías de Sigmund Freud, para luego abordar los trastornos subyacentes a él, a la luz de estudios más recientes, principalmente los de Tallaferro y Horney.

3.1.1 Los conflictos psicológicos en el relato *La Edad de la Discreción*

La novela comienza con la descripción de un estado de ansiedad; la protagonista del primer relato experimenta la impaciencia de mirar el reloj, que parece no avanzar. La ansiedad se debe a la inminente llegada de su hijo Philippe, un hombre ya adulto y casado con una joven que representa todo lo contrario a lo que la protagonista quiso inculcar en su hijo. La armonía aparente de esta familia, se rompe cuando Philippe comunica a sus padres que abandonará su tesis, que ya no le interesa el profesorado, y que aceptará un puesto que su suegro le ha conseguido en el Ministerio de Cultura del gobierno actual, contrariando profundamente a sus padres. La madre no soporta esta situación e incluso rompe con él. Aquí se produce el quiebre: la madre pierde su estabilidad, se da cuenta de que su hijo ya no está bajo su tutela y entra en conflicto consigo misma, con su marido, y con quienes la rodean.

El “síndrome del nido vacío” que siente la mujer, existe desde la partida de su hijo del hogar materno y se extiende hasta el momento en que rompe con él: su hijo le ha sido

¹⁶ Horney, Op. cit., p.53

arrebatado por su nuera, ha hecho de él un hombre sin ideales, toda su labor de madre ha sido en vano. El relato se titula “La edad de la discreción”, pues la protagonista experimenta la angustia de verse envejecer, primero por la ruptura con su hijo -su labor como madre ya no es valorada-, se siente innecesaria para su marido y, para colmo, ve venir el fin de su carrera como escritora, al recibir críticas desfavorables de su última publicación.

Todo este quiebre no existe más que en la mente de la protagonista; ella siente el peligro en que se encuentra la integridad de su familia, sea este real o imaginario, y se siente impotente ante él, creándose en ella un estado de angustia, que se traduce en episodios de histeria¹⁷. Llega a creerse víctima de confabulaciones en su contra, se siente reducida al punto de considerarse un desecho social, al comenzar a asumir su vejez.

“Obstinaciones seniles”, me había gritado esas palabras. Estaba tan segura de su amor por nosotros, por mí; en verdad yo no contaba demasiado, no era nada para él, un vejestorio que se arrincona en el compartimiento de los accesorios. (Beauvoir, 1968:35).

En cuanto a la relación de la protagonista con su hijo Philippe se percibe un marcado complejo de Edipo; Philippe se formó y trabajó siempre a la sombra de su madre, necesitaba siempre su aprobación; su madre simboliza la contención que él necesitaba en su primera infancia, y que se prolongó hasta la edad adulta¹⁸, hasta el momento de la ruptura. Iréne es vista como una rival que se apodera de la vida y de las ideas del hijo; sin embargo la madre no reconoce que anteriormente ella era quien cumplía ese rol. La rivalidad entre suegra y

17 Horney, *Ibid.*, p.54

18 Freud, *Op. cit.*, p. 990

nuera denota el carácter incestuoso de la relación entre madre e hijo. El hecho de despedirse de su rol de madre, deja a la protagonista del relato sumida en la incertidumbre, llegando a cuestionar el valor de su propia existencia.

Este año, cuando le veía con Irène o con su familia política, tan diferente de lo que es conmigo, me parecía que se prestaba a su juego: yo era quien detentaba su verdad. Y él elige apartarse de mí, romper nuestras complicidades, rechazar la vida que al precio de tantos esfuerzos le había edificado, Se volvería un extraño. (Beauvoir, 1968:30)

Al romper con su hijo, la mujer intenta que su marido también rompa con él; su obsesión por mantener cierto control sobre la familia reafirma su carácter neurótico. El hecho de que Philippe haya traicionado los principios que parecía antes poseer no es razón suficiente para romper con él; más absurdo aún es que la protagonista pretenda que André renuncie a su rol de padre, por mucho que este parezca haber terminado. El conflicto interno que experimenta la mujer ahora, se enfoca en su matrimonio. Cree haber perdido la estima y el amor de su marido, se obsesiona en descifrar significados ocultos en las actitudes más insignificantes. Siente que André la rehúye, que los años han acabado también con su relación. Compara el desapego al trabajo que André experimenta con el fracaso de su última publicación, y asocia esto a sus conflictos interiores: como ella piensa que su matrimonio ya no es lo mismo, imagina que su marido piensa de la misma manera. Esto se traduce en pensamientos obsesivos, creando situaciones que no existen más que en su propia mente, pues al final del relato se comprueba que estas son meras malinterpretaciones.

El rostro de André no cambia nunca a través de las evocaciones. Me

detuve. Lo que hacía falta era reflexionar. ¿Me ha amado como yo lo amaba? Al principio, pienso que sí, o más bien la pregunta no se planteaba para ninguno de los dos: nos entendíamos tan bien. Pero cuando su trabajo dejó de satisfacerle, ¿se dio cuenta de que nuestro amor no le bastaba? ¿Se sintió decepcionado por eso? Pienso que me considera como un invariable, cuya desaparición lo desconcertaría, pero que no podría modificar en nada su destino, ya que la partida se juega en otra parte. Entonces ni siquiera mi comprensión le aportará gran cosa. ¿Otra mujer lograría darle algo más? La barrera entre nosotros, ¿quién la había levantado? ¿Él, yo, ambos? (Beauvoir, 1968:64)

El tercer conflicto corresponde a su fracaso como escritora y a la relación misma con su propio cuerpo; ambas problemáticas también se asocian a la vejez como proceso de degradación física y mental¹⁹. En cuanto a la relación con su propio cuerpo, en un principio no le presta demasiada atención:

A los cincuenta años mis vestidos me parecían siempre demasiado tristes o demasiado alegres; ahora sé lo que me está permitido o prohibido, me visto sin problemas. Sin placer también. Esa relación íntima, casi tierna, que antes tenía con mi ropa ha desaparecido (...) Cuanto menos me reconozco en mi cuerpo, más obligada me siento a ocuparme de él. Está a mi cargo y lo cuido con una dedicación aburrida, como a un viejo amigo poco favorecido, algo disminuido que tuviera necesidad de mí. (Beauvoir, 1968:19).

¹⁹ Pichot. Pierre (1995) *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los Trastornos Mentales*. Madrid: MASSON, S.A., p 239

En la cita anterior la protagonista reconoce que la relación con su cuerpo no es la misma de antes, sin embargo no le preocupa en mayor medida, pues aún no se produce ningún quiebre; en esos momentos, ella no siente el peso de la vejez porque mantiene inalterable su amor de madre, su amor por la vida y el trabajo se encuentran intactos, su matrimonio es tan armónico como siempre, su vida está llena de proyectos. Pero se produce un quiebre tras otro y comienza a angustiarse ante la inminente “edad de la discreción”:

Había dicho a André: “ No veo lo que se pierde al envejecer.” ¡Y bien! Ahora lo veía. Siempre me he negado a enfocar la vida a la manera de Fitzgerald, como un “proceso de degradación”. Pensaba que mi relación con André no se alteraría jamás, que mi obra no cesaría de enriquecerse, que Philippe se parecería cada vez más al hombre que yo quería hacer de él. Por mi cuerpo no me inquietaba (...) Mi cuerpo me abandonaba, ya no era capaz de escribir; Philippe había traicionado todas mis esperanzas y lo que me apesadumbraba todavía más era que entre André y yo la cosas estaban deteriorándose. (Beauvoir,1968:70)

Todos estos elementos, no son más que hechos aislados: la “traición” de Philippe no significa más que la independencia total del nido materno, el deterioro de su matrimonio solo existe en su imaginación, su fracaso profesional es un hecho aislado y, su deterioro físico, un proceso biológico. Sin embargo, la protagonista, dejándose llevar por un arranque de narcisismo, percibe todo como problemáticas que giran en torno a su existencia. En palabras de Beauvoir, “el narcisismo es un proceso de enajenación bien definido : el yo es planteado

como un fin absoluto y el sujeto se hunde en él”²⁰ La mujer entonces, se aliena ante el peligro inminente de la decrepitud, ocasionándole varios cuadros de angustia.

A través de varios rasgos percibibles en la protagonista de este primer relato, es posible establecer diferentes características propias de una personalidad neurótica. Cabe destacar, sin embargo, que a diferencia de las protagonistas de los otros dos relatos de **La Mujer Rota**, estamos frente a una mujer bastante desapegada a las costumbres propias del género femenino: se trata de una intelectual con una vida bastante activa, cuya relación con el marido es totalmente simétrica: ambos participan de igual manera en las tomas de decisiones, son librepensadores e intentaron inculcar en su hijo valores similares. La personalidad neurótica puede encontrarse tanto en mujeres como en hombres, por lo que las características de esta mujer parece alejarse del denominador común del análisis de la novela: la construcción identitaria de la mujer como Objeto, condenada a la inmanencia. Sin embargo. Hay dos hechos puntuales que incluye a la protagonista de *La Edad de la Discreción* dentro de las llamadas “mujeres rotas”: primero, la maternidad y la angustia de perder el control sobre el hijo, ver toda una labor invalidada, y luego la sospecha de la pérdida del amor del marido, que la lleva a cuestionamientos francamente infundados. Sin embargo, de los tres relatos de **La Mujer Rota**, la protagonista de esta historia es quien menos padece; los cuadros de ansiedad que sufre son leves si se compara a las protagonistas de los dos relatos siguientes.

3.1.2 El enfoque psicoanalítico en el relato *Monólogo*

En este relato, la protagonista, Murielle, es una mujer separada, que sufre de serios

20 Beauvoir, Op. cit., p 619

episodios histéricos, llegando incluso a lo patológico. Mediante el monólogo expresa su ira contra el mundo, su desesperación frente a la soledad y la intolerancia ante todo lo que esté fuera de su alcance. Se trata de una mujer excesivamente controladora, que perdió a su marido a causa de su severidad; este intenta quedarse con la custodia de su hijo apelando a la locura de Murielle. Ella, además, anteriormente había tenido una hija con otro hombre, la cual se habría suicidado al no poder soportar más la represión enfermiza a la que estaba sometida. Murielle tacha a su propia madre de “puta” y la acusa de ser medio incestuosa. Todo lo que la rodea es sucio y amenaza la integridad de su familia. Murielle se ve a sí misma como algo demasiado puro para un mundo sucio y corrupto, su odio hacia el resto de la gente deriva del resentimiento que experimenta al ver su familia destruida a causa de su locura. Niega cualquier responsabilidad frente al suicidio de su hija, la tilda de malagradecida, de haber sido corrompida por su profesora. Esta preocupación excesiva se define como *trastorno de ansiedad generalizada*²¹

El odio de Murielle hacia su madre, en primera instancia, da a conocer la existencia de un complejo de Edipo no asumido, y en este caso, se trata de un cuadro patológico, pues no ha sido superado. En un momento del monólogo afirma que su padre ha sido el único hombre que la ha amado.

Él no me tocaba yo era su preferida: “Maldita chiquilla” pero cuando él reventó ella ya no se tomó la molestia y me encajaba los anillos contra la cara. Ni una vez yo le he atizado una bofetada a Silvie. Nanard era el rey. Ella lo metía a su cama a la mañana yo los escuchaba hacerse cosquillas

21 Pichot, Op. cit., p. 432

él dice que no es cierto que soy sucia evidentemente no va a confesarlo nunca lo confiesa quizá hasta lo haya olvidado para olvidar lo que molesta son astutos y yo le hago la puñeta porque me acuerdo. (Beauvoir: 1968:86).

En la cita anterior Murielle acusa de incestuosos a su madre y hermano, diciendo más adelante que por esa razón Nanard es “marica”. Este razonamiento coincide con la teoría de Freud, que sostiene que un complejo de Edipo no superado puede desembocar en la homosexualidad²². De la misma forma, un complejo de Edipo no resuelto en la mujer puede terminar en homosexualidad o frigidez²³. Este último trastorno se hace evidente en el relato *Monólogo*, pues Murielle detesta todo lo sexual y desprecia a sus anteriores amantes, mantiene la imagen del padre como el único hombre capaz de amarla y se considera a sí misma como algo puro, que “no sigue el juego”. Sin embargo ella ve sexo en todas partes, le asquean las relaciones de pareja, culpa a su inocencia de las “bajezas” por las que ha tenido que pasar.

Murielle no tolera los ruidos de la ciudad, es Nochevieja y todo el mundo celebra. Ella no tiene a nadie, su familia se ha desintegrado, todos la abandonaron debido a su locura. Vive encerrada en su departamento, usa tapones de oídos porque los ruidos de la ciudad y el teléfono la irritan, no se asea, tiene problemas para dormir y abusa de los barbitúricos. Todas sus neurosis escapan completamente a la norma, hay que recordar que para que una neurosis sea tal hay que considerar el contexto sociocultural, y el comportamiento de Murielle escapa a toda normalidad en la cultura occidental contemporánea: su comportamiento es anormal, los ataques de angustia se traducen en una verborrea incoherente, en la que

22 Freud, Op. cit., p. 992

23 Freud, Ibid., p. 2892

planifica venganzas absurdas.

Pescar una crisis de nervios delante del chico abrirme las venas sobre el felpudo de su puerta eso u otra cosa tengo armas voy a utilizarlas volverá a mí no me pudriré sola en esta barraca con esa gente allá arriba que me pisotea y los vecinos que me despiertan todas las mañanas con su radio y nadie para traerme algo que comer cuando tengo hambre. Todas esas putas tienen un hombre para protegerlas hijos para servirlos y yo cero: esto no puede seguir así. (Beauvoir, 1968:97).

Murielle presenta un trastorno depresivo mayor, clasificado en el criterio C²³, pues este afecta negativamente áreas vitales de su vida, principalmente en la esfera social y familiar. Presenta además un trastorno de ansiedad de tipo obsesivo-compulsivo, que se manifiesta en la necesidad de mantener todo bajo control. También se percibe un trastorno disociativo como mecanismo de defensa, al negar cualquier responsabilidad frente a su estado actual, culpando de ello a quienes la rodean²⁴.

La desesperación ante la idea de quedarse sin nada lleva a Murielle a delirios casi esquizoides. Su hija muerta, la ruptura con su marido y la pérdida de la custodia de su hijo la conducen a experimentar graves episodios de histeria. Su carácter obsesivo no es nuevo, no es desencadenado por aquellas pérdidas, más bien estas son la consecuencia de una personalidad absolutamente neurótica, ganándose la reprobación de su propia familia. Su obsesión por mantener todo bajo control es juzgado por los demás como un egoísmo enfermizo; ella, en cambio, apela al cumplimiento de sus deberes como madre. Ahoga a su

23 Pichot, Op. cit., p. 228

24 Pichot, *Ibíd.*, p. 490

hija, la espía, la mantiene bajo su supervisión constante; llama a eso “devoción de madre”, pero provoca finalmente el suicidio de Sylvie.

Yo no la había vigilado bastante hubiera debido no separarme ni un paso
hacerla seguir investigar desenmascarar al culpable un muchacho una
chica a lo mejor esa zorra de la profesora... (Beauvoir, 1968:110).

No hace falta mayor análisis para darse cuenta que aquella “devoción” de la que habla Murielle, por mucho que intente convencerse a sí misma de su autenticidad, no es más que una excusa para justificar sus propios intereses: el temor a la soledad, a ser considerada un desecho social sin una familia “como corresponde”, la lleva a probar diferentes artimañas para intentar conservar lo que alguna vez tuvo, no consiguiendo más que empeorar las cosas, debido a su personalidad neurótica.

La angustia de Murielle se intensifica en el momento que recuerda el día de la muerte de Sylvie, incluso llega a cuestionar su manera de actuar y siente algo semejante a la culpa. Pero rápidamente reacciona y se convence a sí misma que “casi se deja atrapar”: se refiere con esto a que todos los que la rodeaban la hacían sentir culpable.

Los compañeros los profesores depositaban ramos sobre el ataúd sin
decirme palabra; si una chica se mata la madre es la culpable; así razonan
ellas por odio contra sus propias madres. La arrebatí. Casi me dejé
atrapar (...) me cubrían de fango la educaron en mi contra la trataban
como a una mártir eso la halagaba a todas las chicas les gusta
hacerse las mártires; se tomó el papel en serio desconfiaba de mí

no me contaba nada. Pobre chiquilla (...) ¡Asesinos! Mataron a Sylvie mi
Sylvette a mi chiquilla querida. Yo te quería. Ninguna madre más devota
que yo. (Beauvoir, 1968:111).

Hacia el final del relato, Murielle presenta un nuevo cuadro de angustia, al acercarse la hora de lidiar con el problema de la custodia de su hijo; apela a su abnegación materna, sostiene que no quiere que su hijo desarrolle complejos al crecer separado de ella. Realiza un último intento y llama a Tristán, ofreciéndole reanudar la vida matrimonial, esta vez sin escándalos. Hace ofrecimientos absurdos, como permitirle llevar mujeres a la casa. Intenta convencerlo de manera amistosa pero rápidamente pierde los estribos, comienza a injurarlo, a amenazarlo con el suicidio y el escándalo público. Tristán no hace caso de los delirios de su ex mujer y cuelga el teléfono. Murielle no asume la derrota ni tampoco sus equivocaciones, sus trastornos patológicos están lejos de ser resueltos, sufre una nueva crisis de angustia²⁵, que raya en la hipocondría. El relato concluye con un nuevo delirio, en el cual exige justicia para ella y sus hijos, y venganza para quienes ella considera sus enemigos, aquellos que impidieron realizar su labor de madre.

3.1.3 El psicoanálisis en el relato La Mujer Rota

El relato La Mujer Rota es el central de esta novela, pues representa de manera más precisa el quiebre que se produce en la vida de una mujer común y corriente, cuando el amor le es negado. La protagonista de esta historia, Monique, tiene una vida similar a la de

²⁵ Pichot, *Ibíd.*, p. 500

muchas mujeres, cuya existencia gira en torno al matrimonio y a la familia: es el caso de una mujer acomodada económicamente, que ha abandonado sus estudios e intereses en aras del matrimonio. Tiene dos hijas ya adultas, que han seguido su propio camino: la mayor, Colette, ha elegido el mismo destino de su madre, elige el matrimonio y posterga sus intereses, y Lucienne, la menor, opta por otro camino completamente diferente, se muda a Nueva York, tiene una vida independiente y bastante alejada del amor, constituye la antítesis de su madre.

La vida de Monique transcurre apaciblemente, hasta que se produce el conflicto: se entera que su marido la engaña. La cólera la invade, pero la domina, pues hubiese detestado ser de aquellas mujeres que hacen escenas. No logra asumir que le han mentido, trata de afirmarse en su individualidad, pues siempre creyó que su familia funcionaba de la mejor manera. Ahora comprueba que se ha cegado:

No soy una madre a la que se miente; no soy una mujer a la que se miente. Orgullo imbécil. Todas las mujeres se creen diferentes; todas piensan que ciertas cosas no pueden sucederles, y todas ellas se equivocan (Beauvoir, 1968: 132).

Monique trata de reaccionar de buena manera, intentando comprender la situación, confía en que es una crisis pasajera propio de cualquier matrimonio, incluso acepta que la infidelidad continúe, con la esperanza de que su marido, Maurice, se aburra del *affaire* y vuelva a interesarse por su vida marital, incluso confiesa no sentirse físicamente celosa de Nöellie, la amante, pues considera que el atractivo sexual que ejerce sobre Maurice

corresponde al de la novedad, pues Nöellie representa todo lo que a “ellos” les disgusta: esnobismo, avidez por aparentar. La caracterización que hace Monique de Nöellie corresponde al prototipo de mujer que Frankl denomina como *girl*²⁵. Monique hace de su pensamiento y el de su marido uno solo: no existe individualidad, siempre se refiere a “nosotros”. Es así como se convence que el *affaire* carece de amor, pues Maurice jamás se interesaría realmente por una mujer como Nöellie. “Hay tanto impudor y exhibicionismo en sus coqueterías que hasta me pregunto si no es frígida”, sostiene Monique. Ella le otorga a Nöellie el carácter histriónico, que en psicología corresponde al afán del sujeto por llamar la atención, incluso mediante insinuaciones sexuales, aunque no se tenga real interés en el placer sexual en sí²⁶

Sin embargo, pronto comienzan a acosarla pensamientos que la hacen entrar en un estado de angustia, cuando su marido le anuncia que cuando se encuentre con Nöellie pasará la noche entera en su casa. Se imagina aquellos encuentros, en los que existe algo más que lo sexual: los imagina sonriendo, bebiendo café por la mañana, disfrutando aquellos instantes de compañía mutua:

Acostarse no es solamente acostarse. Entre ellos hay esa intimidad que no pertenecía sino a mí. Al despertar, ¿la cobijará en su hombro llamándola mi gacela, mi pájaro de bosque? ¿O le ha inventado otros nombres que le dice con la misma voz? ¿Se afeita, le sonrío, los ojos más oscuros y más brillantes, la boca más desnuda bajo la máscara de espuma blanca? Aparecía en el marco de la puerta teniendo en los brazos, envuelto en celofán, un gran ramo de rosas rojas: ¿le llevará

25 Frankl, Viktor (1949). *Psicoanálisis y Existencialismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, p. 177

26 Tallaferro, Alberto (1965). *Curso Básico de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.235

flores? Me están serrando el corazón con un serrucho de dientes muy agudos. (Beauvoir, 1968:139).

Las imágenes que Monique evoca corresponden a sus propias vivencias con Maurice, lo que no garantiza que la relación con Nöellie sea igual; es imposible que lo sea, pues por alguna razón Maurice buscó algo completamente opuesto a la relación que tenía con Monique: de una mujer dedicada a su matrimonio, consagrada al cuidado de su familia y predominantemente emocional, pasó a buscar los brazos de otra: divorciada e independiente, sumamente activa y predominantemente racional.

Más adelante Monique comienza a cuestionarse a sí misma en su rol de esposa y madre de familia; su devoción por cuidar del resto parece haberle jugado en su contra: comienza a caer en cuenta que no se ocupó lo suficiente de sí misma por ocuparse de quienes la rodean, pero justifica estos sacrificios en nombre del amor. Sin embargo lamenta que su hija Colette haya dejado sus estudios por casarse, a pesar de haber hecho ella lo mismo. Pero argumenta que Colette no lo hizo por amor, como en su caso con Maurice. Colette responde al comportamiento común de las niñas que, luego de superar el complejo de Electra, termina por identificarse con la madre, siguiendo los mismos patrones de conducta. Lucienne, en cambio, rechaza la imagen materna e intenta convertirse en una mujer completamente diferente. Tanto el caso de Colette como el de Lucienne corresponden a una reacción frente a la crianza materna, una la acoge como modelo y la otra la rechaza casi violentamente, yéndose al extremo opuesto, negando toda posibilidad al amor.

El temperamento predominante de Monique es del tipo melancólico, que es el más complejo de los temperamentos de la personalidad. En Monique se destacan la abnegación,

la capacidad analítica y la extrema sensibilidad, características que corresponden al sujeto melancólico²⁷. Establecer el temperamento de Monique permite comprender en mayor medida sus pensamientos, su modo de vida y sus reacciones. Vale la pena analizar las tres características principales de Monique para lograr una mejor comprensión de su personalidad.

La abnegación de Monique por su familia e hijos la lleva a postergar cualquier interés personal. “Cuando uno ha vivido tanto para los demás, es un poco difícil reconvertirse, vivir para sí mismo”, explica. También agrega: “Ésta es una de las razones -la principal- por las cuales no tengo ninguna gana de atarme a una tarea: difícilmente soportaría no estar totalmente a disposición de quienes me necesitan”. Esta abnegación claramente juega en contra de sí misma: pierde el interés de su marido, sus hijas ya no la necesitan. También deja entrever su excesiva dependencia de los demás, necesita hacerse presente en la vida del resto siendo servicial y protectora, busca darle un sentido a su vida mediante su preocupación por los demás. Su sensibilidad explica la gran importancia que le da al amor, constituyéndolo como el eje de su vida; también explica su gran capacidad de análisis. Al tratarse de un diario de vida, Monique expone cuidadosamente los hechos e intenta comprender causas y razones, pero su sensibilidad la lleva a realizar juicios excesivamente emocionales y poco objetivos.

Luego de sufrir el rechazo a un encuentro sexual por parte de su marido, Monique intenta probarse a sí misma que aún puede gustarle a un hombre, y contacta a Quillan, el único *flirt* que ha tenido en su vida. Lo comprueba, pero la experiencia no le sirve para reafirmarse a sí misma, pues lo hace pensando en Maurice: las atenciones que Quillan tiene

²⁷ Adler, Alfred (1954). *El Carácter Neurótico*. Buenos Aires, Paidós, p. 363

hacia ella las compara con las pocas que Maurice manifiesta. El encuentro termina siendo un fiasco y ella decide terminar con la cita.

Con el correr de los días, Monique comienza a darse cuenta que la relación entre su marido y Nöellie es más que una simple aventura, pierde cada vez más terreno. Ahora debe compartir a su marido e incluso ceder ante las exigencias de Nöellie. Entonces comienza a perder el control de sus propios pensamientos y acciones, los cuadros de angustia son más reiterados, llevándola a comportamientos totalmente neuróticos: espía a su marido, hace averiguaciones sobre Nöellie, realiza confidencias a todo el mundo, abusa del alcohol y los ansiolíticos, padece dolencias físicas. Esto se traduce como trastornos depresivos, principalmente la distimia²⁸ y episodios depresivos graves, trastornos de ansiedad y reacciones psicósomáticas.²⁹ Llega un momento en que debe ir al psiquiatra, pues la situación es insostenible. El psiquiatra le aconseja volver a escribir en su diario, trabajar, con el fin de reencontrarse a sí misma y tener algo en que ocuparse. Monique acepta una ocupación en la que debe llenar fichas de viejas revistas médicas, un trabajo más bien mecánico, propio de la ergoterapia, que busca reinsertar socialmente a las personas. Monique no halla satisfacción en ello y abandona el trabajo.

Monique se obsesiona a tal punto con el tema de Maurice y Nöellie que todas sus ocupaciones giran en torno a ellos. Consulta al grafólogo, al horóscopo, hostiga con preguntas a quienes la rodean, imagina confabulaciones en su contra. Sus cercanos le tratan de convencer que su problema es parte de la vida y que le conviene ocuparse de otras cosas y alejarse de su marido; ella se sobresalta y piensa que todos están de parte de Maurice. Por otro lado, este anuncia que buscará un departamento para vivir solo por un tiempo, lo que

²⁸ Pichot, Op. cit., p. 583

²⁹ Pichot, *Ibíd.*, p. 333

marca la ruptura definitiva de la vida que Monique había llevado durante más de veinte años. Ha perdido la batalla. Decide entonces aceptar la invitación de su hija Lucienne, de viajar a Nueva York, con el fin de hablar del asunto. Aquí Monique intentará comprenderse a sí misma, pero nuevamente en el marco de la relación de Maurice y Nöellie.

Monique piensa que Lucienne le dirá la verdad, pues considera que no la estima. Lucienne opina que es imposible que el amor dure tantos años, argumenta con estadísticas y justifica a su padre, arguyendo que los hombres a esa edad desean comenzar una vida nueva. Acusa a su madre de ser demasiado idealista y de carecer de defensas. Monique no acoge estas razones porque observa una excesiva frialdad y dureza en las palabras de Lucienne, la falta de sentimentalismo lo ve como una fanfarronada y se culpa a sí misma de haber influido negativamente en la formación de su hija. Finalmente regresa a París, donde enfrentará una nueva vida, sin Maurice.

Luego de haber perdido su matrimonio, Monique se enfrenta a un nuevo estado de angustia: el miedo al porvenir. Toda angustia es la manifestación del temor a un peligro inminente, ya sea real o imaginario. El hecho de tener que enfrentarse a sí misma, como un ser individual e independiente, la llena de miedos. Sin embargo es inevitable, llega el momento de enfrentar la situación; el relato termina con esta expresión de angustia, sin embargo el conflicto parece ir en buen camino, pues la protagonista reconoce lo sucedido y se dispone a enfrentar el porvenir.

3.1.4 Conclusiones

A través de los tres relatos analizados desde el punto de vista psicoanalítico, es

posible percibir que las mujeres protagonistas, al ser sometidas a situaciones de peligro, concretamente a la amenaza de la integridad familiar, presentan cuadros de neurosis en diversos grados; clínicamente hablando, se tratan de trastornos depresivos, ansiosos, psicosomáticos, sexuales y del sueño, principalmente. El único caso patológico presente es el de Murielle, que da a conocer conductas obsesivo-compulsivas antes de sufrir ningún quiebre familiar, de hecho los quiebres se producen a causa de su trastornos de la personalidad. El caso de la protagonista de *La Edad de la Discreción* es el más leve, pues presenta una ansiedad común y es relativamente bien controlada, gracias a su propia inteligencia y a la poca seriedad del quiebre ocurrido. Es en el relato central *La Mujer Rota* donde se encuentran los criterios propios de la mujer común y corriente que, al perder la armonía familiar, padece ciertos episodios de neurosis que pueden llegar a conducirla a trastornos más graves. Los criterios de diagnóstico de trastorno depresivo y de ansiedad que presenta Monique corresponden a los comunes que sufre la mayoría de las mujeres con semejantes rasgos y ante la misma situación, he ahí la importancia de establecer a esta mujer como objeto central de análisis en la construcción identitaria de la mujer, pues se trata de un caso significativamente representativo.

El hecho de utilizar los conflictos psicológicos comunes en la mujer permite esbozar las causas por las que esta continúa enfocando su vida en la vida conyugal y familiar; sin embargo es necesario afirmar que los rasgos comunes de las mujeres pueden estar determinados por su educación, vale decir, por su entorno social; o dicho de manera más global, por la sociedad en sí. Ya se ha dicho antes que, para que una neurosis sea considerada como tal, debe estar enmarcada en un contexto sociocultural determinado³⁰.

30 Horney, Op. cit., p. 14

Si se acude a las primeras teorías de Freud, es necesario advertir que estas también poseen una base social: las etapas de la sexualidad son predominantemente falocéntricas, se establece la existencia del pene como el eje central del desarrollo de la sexualidad humana, relegando nuevamente a la mujer a un papel secundario. Freud partió sobre la base de la existencia del hombre como Sujeto, respondiendo a una sociedad que desde los inicios ha sido patriarcal³¹.

Pese a esto, no es posible obviar los estudios psicoanalistas en el análisis de la novela, pues luego han sido reformulados a la luz de los comportamientos socialmente considerados como correctos, lo cual permite comprender a la mujer en su individualidad y sus reacciones psicológicas dentro de un contexto social, para lograr así establecer las causas por las que esta elige la vida conyugal y familiar, a pesar de no estar ya obligada a ello, y las consecuencias que acarrea la despersonalización a la que está condenada al escoger este destino.

3.2 El existencialismo y la identidad de la mujer

El existencialismo, como corriente filosófica, abarca distintos puntos de vista; sin embargo se considerará para este análisis el *existencialismo absoluto*, pues es el pensamiento filosófico bajo el cual Simone de Beauvoir desarrolla su producción literaria. El existencialismo absoluto o ateo plantea que, si Dios no existe, el ser humano queda subyugado a la responsabilidad personal ante las decisiones que debe realizar a lo largo de toda su vida. En palabras simples, sostiene que la existencia precede a la esencia, por tanto

31 Beauvoir, Op. cit., p. 46

la esencia es construida luego de que se toma conciencia de la propia existencia. De esta manera, en la construcción identitaria de la mujer, la perspectiva existencialista permite analizar en la novela aquellos factores que inciden en la responsabilización de esta ante la pervivencia de su rol, explicando además la razón por la que aparece la angustia como elemento recurrente a lo largo de la novela.

En **La Mujer Rota** se presenta la imagen de la mujer según lo que ella misma ha elegido; en cada relato las protagonistas dan a conocer su identidad como producto de las elecciones que han hecho a lo largo de sus vidas y justifican su manera de actuar intentando ser consecuentes con sus propias convicciones. Cada protagonista ha escogido un determinado camino -el matrimonio y la familia, a grandes rasgos- Sin embargo, si bien están “conscientes” de la opción que escogieron, no se responsabilizan de las consecuencias que esta acarrea. Por esta razón, esa “conciencia” de haber optado libremente por el matrimonio no es del todo legítima, pues la mujer no tiene real conciencia de su existencia, simplemente es. No vive para sí, sino que *existe* en función de los demás, es lo que los demás han hecho de ella. Empero, la única forma de que la mujer tome conciencia de sí misma, es mediante la relación con los otros:

Como adquirimos nuestra conciencia de nuestro existir, del propio “yo”, es en nuestro encontrarnos con los demás, con los otros, a tomar conocimiento del “tú”, pues nuestra autoconciencia es despertada por las demás personas y por los objetos de la experiencia, todo lo cual se nos hace, por lo tanto, real a la vez que nosotros mismos (Roubiczek, 1968:115).

De esta manera, pareciera necesario que la mujer haya tenido que reconocerse primero mediante la mirada de quienes la rodeaban, formar su identidad de acuerdo con el contexto sociocultural en el que se encontraba inmersa, y, lo más importante, que la armonía alcanzada gracias a este proceso de formación, sufriera un quiebre importante. Entonces la mujer se hace consciente de su propia existencia y se da cuenta de la falta de esencia, abriendo paso a un estado de angustia, de la que nace luego la libertad de elegir:

(...)la angustia es el modo de ser de la libertad como conciencia de ser: *es en la angustia en donde la libertad está en su ser “en cuestión para sí misma”* (Jolivet, 1962:166).

Esta angustia surge debido a que, al verse desprovista la mujer de la protección que le ofrecía la vida familiar, cuestiona su existencia, su rol como mujer y su valor como madre y esposa. Las protagonistas de *La Edad de la Discreción* y *La Mujer Rota* coinciden en el hecho de que, al comprender que no hay manera de reestablecer todo a su “orden normal”, asumen que se han construido a sí mismas en función de los demás, captan su existencia como individual e independiente del resto y deben enfrentarse, entonces, a una nueva etapa de sus vidas: la reconstrucción de sí mismas.

En palabras de Sartre, esta transición desde el simple hecho de existir al estado de conciencia del *ser*, y su consecuente interiorización de la responsabilidad ineludible ante todas las elecciones que se deban tomar durante la propia existencia, la denomina con los conceptos *ser en-sí* y *ser para-sí*.

Así, la conciencia obtiene de sí misma su ser-consciente y no

puede remitir sino a sí misma en tanto que es su propia nihilización; pero *lo que* se aniquila en conciencia, sin poder llamárselo fundamento de la conciencia, es el en-sí contingente. El en-sí no puede fundar nada; se funda a sí mismo al darse la modificación del para-sí (...). Si el ser en sí no puede ser ni su propio fundamento ni el de los demás seres, en general viene al mundo por medio del para-sí. No sólo el para-sí, como en-sí nihilizado, se funda a sí mismo, sino que con él aparece el fundamento por primera vez. (Sartre, 1943:133).

La novela, entonces, muestra a la mujer en esta etapa de transición, donde cada una de las protagonistas debe enfrentar un porvenir incierto, completamente distinto a lo que ellas conocían hasta el momento; llega el instante en que deben vivir para sí mismas. El sentimiento de angustia que se muestra a lo largo de toda la novela es fruto de aquel devenir. Simone de Beauvoir pretende, mediante la producción de la novela, comunicar la necesidad de la mujer de reconstruir su identidad a través de la *desnaturalización* de esta, apostando esta vez por la individualidad y la libertad de elegir.

3.2.1 El existencialismo en el relato *La Edad de la Discreción*

La protagonista del primer relato de **La Mujer Rota** presenta los primeros signos de ansiedad al advertir que su hijo ya no la necesita ni trabaja ya a su sombra. Su rol como madre caducó hace bastante tiempo, no obstante se niega a aceptarlo. En el momento que se entera de que su hijo ha adoptado su propia postura frente a la vida, renegando de los

valores que le habían sido inculcados a lo largo de su vida. Este suceso significa para la madre un profundo cuestionamiento acerca de su labor en la crianza de su hijo.

El trabajo que realiza la mujer de *La Edad de la Discreción* en la crianza de su hijo pareciera tener un fin netamente narcisista; intenta hacer del hijo una especie de proyección de sí misma, considerándolo como una *obra* suya. De esta manera, si se analiza esta situación a partir del pensamiento de Sartre, es preciso abocarse a los conceptos de *hacer, ser y tener*, que son deseos inherentes al ser humano. La protagonista de *La Edad de la Discreción* presenta un alto sentido de apropiación, Cuando rompe con su hijo es porque considera que ya no es posible ningún tipo de relación, pues no hay nada que los une. Parafraseando a Sartre, “la existencia del hijo sólo le interesa en la medida en que el nexo de creación que establece entre él y le da un sentido de propiedad” (Sartre, 1943:702).

De igual forma, la crisis que experimenta la protagonista en el fracaso de su última producción literaria, se asocia al deseo de *ser*. A raíz de esta situación, la mujer se ve a sí misma como incapaz de realizar una obra de valor, culpando de esto a la vejez. Si en algún instante habla del enriquecimiento de su obra , siempre lo asocia a *sus* capacidades, se pregunta si ella es o *no* es capaz de enriquecerla. Lo mismo sucede con el hijo, al considerarlo como una extensión de sí misma, o bien lo llama traidor o bien se pregunta si su labor fue en vano.

En cuanto a la relación con su esposo, André, también existe un sentido de apropiación, pues la crisis que experimenta se debe también a su ruptura con Philippe. André rechaza la postura que ha tomado su esposa frente a la elección de vida de Philippe; si bien no la comparte, tampoco considera necesaria una ruptura, puesto que está consciente de la

individualidad de su hijo. Entonces, la mujer toma esta situación como un ataque personal, siente que si su marido ya no comparte las mismas inquietudes de ella, ya no poseen un vínculo significativo. El ser amado, de esta manera, es reducido a la calidad de *objeto* y pasa a formar parte del proyecto del otro.

La noción de “propiedad” por la cual tan a menudo se explica el amor, no puede ser primera, en efecto. ¿Por qué querría apropiarme del prójimo sino, justamente, en tanto que el prójimo me hace ser? Pero esto implica, precisamente, cierto modo de apropiación queremos apropiarnos de la libertad del otro en tanto que tal (Sartre, 943:458).

La protagonista de *La Edad de la Discreción* ha construido toda una vida junto a André: ambos intelectuales, tienen sus propios intereses; él en la ciencia, ella en las letras. Comparten un estilo de vida alejado de las convenciones de la época, poseen una fuerte formación valórica, y han educado juntos a su hijo. Cuando Philippe decide deshacerse de la carga que significaba pertenecer por extensión a un modelo de vida, y su madre rompe con él, André no toma partido de ninguna de los dos bandos. En este instante comienza la obsesión de la mujer por saber si el amor de su marido se ha terminado. No obstante, a este suceso comienza a encadenar otros: al comienzo del relato la mujer expresa su preocupación por el poco interés que muestra su marido por la ciencia, a mitad del relato siente que André huye de ella yéndose de París, y hacia el final del relato siente que ya no tienen nada en común, incluso se resiente porque su marido parece estar más vivaz que ella, y lo atribuye al supuesto alejamiento que ocurrió entre ellos.

En el caso del desinterés de André por la investigación, su mujer se siente

responsable, pues piensa que ella era quien impulsaba a su marido a alcanzar logros. Cuando André comienza a sentir desapego hacia su trabajo, inmediatamente la protagonista toma parte de la situación:

Esta aventura de la cual he participado apasionadamente no ha terminado: la duda, el fracaso, el tedio de los estancamientos, luego una luz entrevista, una esperanza, una hipótesis confirmada; después de semanas y meses de paciencia ansiosa, la embriaguez del éxito. No comprendía gran cosa de los trabajos de André pero mi confianza testaruda fortificaba la suya. Permanece intacta. ¿Por qué ya no puedo comunicársela? (Beauvoir, 1968: 12).

Es así como la protagonista del relato intenta hacer parte de su realidad a su marido; así como también cuestiona su permanencia en los intereses de André. Su inquietud apunta a la comunicación dentro del matrimonio y al grado de compromiso que existe entre los cónyuges en cuanto a la preocupación por los asuntos del otro.

Volvimos a quedarnos en silencio. ¿Iba a instalarse definitivamente entre nosotros? Una pareja que continúa porque ha empezado, sin otra razón: ¿era eso lo que estábamos a punto de volvernos? ¿Pasar todavía quince años, veinte años, sin agravio particular, sin animosidad, pero cada uno en su enojo, atado a su problema, rumiando su fracaso personal, toda palabra transformada en vana? Habíamos empezado a vivir a destiempo. (Beauvoir, 1968:74).

Sartre, en su obra *El Ser y la Nada*, explica relación del ser con su prójimo como un estado de interdependencia, donde predomina la posesión:

Todo lo que vale para mí vale para el prójimo. Mientras yo intento liberarme del dominio del prójimo, el prójimo intenta liberarse del mío; mientras procuro someter al prójimo, el prójimo procura someterme. No se trata en modo alguno de relaciones unilaterales con un objeto-en-sí, sino de relaciones recíprocas y mutables (...) El conflicto es el sentido originario del ser-para-otro. (Sartre, 1943:455).

El concepto de *ser-para-otro* se refiere a la restricción que hacen los demás de la propia libertad, el *otro* limita al ser y lo convierte en *objeto*, lo relega al *ser-en-sí*, carente de la propia conciencia de libertad, como sucede con las protagonistas de **La Mujer Rota**. Ellas construyen su individualidad en función de lo que los demás esperan, o de lo que ellas piensan que es lo correcto de acuerdo con el rol que cada una cumple. En el caso de la protagonista de *La Edad de la Discreción*, busca reconocerse como madre, esposa y escritora, y se define en estos roles de acuerdo con lo que ha logrado en relación con su hijo, su esposo y su público; no le es posible desligarse de sus relaciones con el resto; entonces, su existencia se determina como un *ser-para-otro*.

Todas las disyuntivas que experimenta la protagonista de este primer relato, son asociadas a la degradación que produce la vejez, que se convierte en la culpable de este nuevo estado de angustia. No en vano el relato se llama *La Edad de la Discreción*, el envejecimiento sería el gatillador de una serie de sucesos que son cuestionados por la protagonista. La relación que tiene con su cuerpo, al comienzo del relato, no supone mayor

conflicto; tiene conciencia del proceso de envejecimiento al cual se ve expuesta, sin embargo no significa un mayor problema, pues ella no ve que se pierda nada al envejecer.

No obstante, cuando se enfrenta a experiencias que considera propias del envejecimiento, como el desligamiento de su hijo, la dificultad de comunicarse con su marido, y la incapacidad de producir ideas nuevas en su obra literarias, comienza a notar el proceso de degradación que todo esto significa, y en su momento de mayor irritación repudia también su cuerpo, pues significa para ella la prueba concreta de la degradación.

Quando comenzamos a subir de nuevo hacía mucho calor; el camino era más largo, más arduo de lo que había dicho André. Caminaba a largas zancadas; y yo, que antes trepaba tan gallardamente, me arrastraba lejos detrás de él, era humillante. El sol me barrenaba las sienes, la agonía estridente de las amorosas cigarras me perforaba los oídos; jadeaba. (Beauvoir, 1968:69).

El existencialismo sartreano considera al cuerpo como pura contingencia, pues el cuerpo es quien representa de forma material la existencia e individualiza al ser.

(...) el cuerpo manifiesta mi contingencia, e incluso no es *sino* esta contingencia: los racionalistas cartesianos tenían razón cuando se asombraban ante esta característica; en efecto, el cuerpo como *lo que individualiza al alma*. (Sartre, 1943:394).

Es así como la protagonista, en un principio, cuida de su cuerpo como una manera de no permitir su deterioro y mantenerlo de acuerdo con su forma de vida; no pretende hacerse la vieja porque no se siente como tal. Si bien le es indiferente, se siente cómoda en su propio cuerpo. Empero, cuando se producen los conflictos con su hijo, esposo y carrera, toma conciencia sobre el estado de degradación de su cuerpo: “si cuerpo y alma son la misma cosa, ambos elementos decaen”³².

Cuando por fin logra comunicarse con su marido, alcanza a comprender el malentendido que se había generado entre los dos. La relación vuelve a su normalidad, sin embargo la relación con su hijo ya no volvería a ser igual, pues su labor como madre ya ha concluido. Lo mismo sucede con su trabajo; ha llegado a un tope y es necesario reinventar. La mujer comprende, entonces, que en el umbral de la vejez, debe aprender a no mirar demasiado lejos y vivir el presente, en compañía de su marido, que se encuentra en su misma situación. Ambos comprenden además que son ellos los que eligen como sobrellevar su senectud, la significación que esta tendrá dependerá de cómo se elija vivirla.

Al entender que su vida depende de cómo ella decida vivirla, la protagonista asume su responsabilidad acerca del rumbo de su propia vida y toma conciencia de su libertad. No obstante, el relato concluye con el planteamiento de la duda acerca del porvenir; la conciencia de aquella libertad trae consigo la angustia.

A lo lejos estaban los horrores de la muerte y de los adioses; estaban los postizos, las ciáticas, las invalideces, la esterilidad mental, la soledad en un mundo extraño que ya no comprendemos y que continuará su curso sin

32 Sartre, *Ibid.*, p. 394

nosotros. ¿Lograré no alzar mi vista hacia esos horizontes? ¿O aprenderé a percibirlos sin espanto? Estamos juntos, esa es nuestra posibilidad. Nos ayudaremos a vivir esta última aventura de la cual no regresaremos. ¿Eso nos la hará tolerable? No sé. Esperemos. No tenemos elección. (Beauvoir, 1968: 82)

La protagonista cuestiona su porvenir; no sabe si sabrá afrontarlo de la mejor manera, pero no elude su responsabilidad ante él. Simplemente, al asumir su libertad de elegir, sobreviene la angustia ante el cúmulo de elecciones que tendrá que realizar a futuro; no puede responsabilizar de esto a nadie más que a ella misma. Cuando dice “No tenemos elección”, no niega su responsabilidad de elegir, sino que se refiere, en palabras de Sartre, a que ha sido *arrojada* al mundo, antes de que tomara conciencia de su existencia, cuando estaba situada en el mundo como un ser-en-sí, y al devenir en un ser-para-sí, asume la responsabilidad de su existencia. No puede escoger su nacimiento en la medida que no puede ser fundamento de sí misma si no ha tomado primero conciencia de su existencia³³

3.2.2 El enfoque existencialista en el relato *Monólogo*

El segundo relato se aboca, principalmente, al concepto de *mala fe*, que, contextualizándolo con el relato, se refiere al hecho de *mentirse a sí mismo*. Murielle, la protagonista, deja fluir sus pensamientos mediante la corriente de la conciencia, permitiendo al lector conocer lo que ocurre en su mente, sin ningún tipo de filtro. A lo largo del relato es posible conocer las vivencias de la protagonista, de cómo, debido a sus ansias de controlarlo todo, termina por perder a toda su familia.

33 Sartre, Jean Paul (1943). *El Ser y la Nada*. Buenos Aires: Losada, p.133

A pesar de que Murielle es quien da a conocer los hechos, exponiéndolos como un ardid en su contra y exaltando su inocencia, es posible percibir el relato como una especie de defensa, se deja entrever la desesperación de Murielle por justificar su comportamiento, que ha sido socialmente reprobado. Asimismo, esto evidencia el esfuerzo que hace Murielle por mentirse a sí misma. Está consciente de esta mentira, sin embargo redobla el esfuerzo para resultar convincente y engañarse a sí misma.

Acceptaremos que la mala fe sea mentirse a sí mismo, a condición de distinguir inmediatamente el mentirse a sí mismo de la mentira a secas (...) El ideal del mentiroso sería, pues, una conciencia cínica, que afirmara en sí la verdad negándola en sus palabras y negando para sí misma esta negación (Sartre, 1943:92).

Así, Murielle se desespera buscando razones que respalden su comportamiento, a pesar de tener que luchar contra el remordimiento. Sus cercanos la culpan del suicidio de su hija Sylvie y de acabar con la unidad de la familia, debido a sus obsesiones y a su excesiva necesidad de controlar todo lo que ocurre en su entorno. En *Monólogo* Murielle lleva a cabo una lucha interior para lograr engañarse a sí misma

Uno no padece su mala fe, no está uno infectado por ella: no es un *estado*, sino que la conciencia se afecta a sí misma de mala fe. Es necesaria una intención primera y un proyecto de mala fe (...) Se sigue, primeramente, que aquel a quien se miente y aquel que miente son una sola y misma persona, lo que significa que yo, en tanto que engañador,

debo saber la verdad que me es enmascarada en tanto que engañado.
Mejor aún: debo saber muy precisamente esta verdad para ocultármela
más cuidadosamente (Sartre, 1943: 94).

De hecho, si se presta atención a los razonamientos de Murielle, es un constante debate entre la verdad que ella conoce y la mentira que intenta imponer como verdad. El cinismo es el denominador común en este relato, Murielle se protege de la censura del resto apelando a su “pureza” y a la incompreensión de un mundo corrompido por la degradación moral.

A partir de esta *mala fe*, la protagonista construye su relación con los otros. De la misma forma que en el primer relato, en *Monólogo* se hace manifiesto el sentido de propiedad y de proyección en las relaciones con el otro. En este caso, Murielle hostiga a sus maridos, siente celos de su propia madre e intenta controlar de manera absoluta a sus hijos, poniéndose a sí misma como modelo digno de imitar; intenta aprehender a los demás como parte de sí.

La existencia de Murielle se configura en relación con los demás; se define a sí misma de acuerdo con lo que ha logrado hacer con las personas que la rodean. Ella se considera un modelo de madre, de esposa, de hija y culpa a los demás de su fracaso en el desempeño de estos tres roles. Es necesario aclarar que Murielle se escuda en sus roles para afirmarse como persona, pero, a diferencia de las protagonistas de los otros dos relatos, que hacen de sus roles de madre y esposa la justificación de su existencia, dándoles una significación trascendental, Murielle se aferra a estos roles como una forma de hacerse un lugar dentro del orden social, para no volverse un ser marginal. Según ella, una mujer a los cuarenta no

es nadie sin un hombre al lado, sin una familia bajo la cual resguardarse. Su vocación de familia no es más que una excusa para satisfacer sus propias necesidades.

Así como Sartre habla de *hacer*, *ser* y *tener* como deseos propios del ser humano, Murielle experimenta estos mismos deseos: quiere *tener* una familia bien constituida, *hacer* de sus hijos seres moralmente intachables, y *ser* respetada por su entorno social y familiar. Empero, sus deseos, como lo señala Sartre, se reducen a *tener* y *ser*; pues el deseo de *hacer* se convierte en un instrumento para *tener* y *ser*:

Es fácil advertir, sin embargo, que el deseo de hacer no es irreductible.

Uno hace el objeto para mantener cierta relación con él. Esta nueva relación puede ser inmediatamente reductible a *tenerlo*. Por ejemplo, tallo una rama en forma de bastón (“hago” un bastón de una rama) para *tener* el bastón. El “hacer” se reduce a un medio para tener. Es el caso más frecuente (Sartre, 1943: 702).

Del mismo modo que en el primer relato, Murielle necesita cuidar de sus hijos porque necesita mantenerlos como objetos de *su* propiedad, que la razón de la existencia de sus hijos se debe a ella. Francis y Sylvie no tendrían la oportunidad de salir del ser-en-sí, pues su existencia es fundamentada por su madre, serían para siempre una extensión del pensamiento de Murielle. Empero, sus intenciones se ven coartadas; primero, ante la imposibilidad de haberle sido arrebatada la custodia de Sylvie, esta decide suicidarse antes que continuar bajo la tutela de su madre; luego, para evitar que suceda lo mismo con el hijo menor, el padre de este consigue alejarlo de ella.

En cuanto al deseo de Murielle por conservar a su actual marido a su lado (ya están separados de hecho), este brota no por una necesidad de amor o apego, simplemente se debe a que sus parámetros morales, o más bien su necesidad de aparentar una familia bien constituida, la impulsan a desear *ser* respetable y *tener* una familia, a fin de ser aceptada en el medio social.

Cuando nota que sus deseos no se verán satisfechos, Murielle intenta desesperadamente llegar a un acuerdo con su marido, ofreciéndole una convivencia sin conflictos y sin una relación conyugal convencional. Mas al verse sin más recursos a los cuales echar mano, culpa nuevamente al resto; desafía a Dios, exhortándolo a solucionar sus problemas, asumiend otra vez el papel de víctima.

...¡Dios mío! ¡Haz que existas! Haz que haya un cielo y un infierno me pasearé por los senderos del paraíso con mi hijo y con mi hija querida y ellos se retorcerán en las llamas de la envidia los miraré tostarse y gemir reiré y los niños reirán conmigo. Me debes esa revancha Dios mío. Exijo que me la des (Beauvoir, 1968:115).

En el instante en que Murielle tiene la oportunidad de tomar conciencia de su libertad, y asumir que verdaderamente no necesita de una familia para tener una razón de existir, o bien una existencia digna, en palabras de ella, inmediatamente niega esta posibilidad y culpa a su familia por confabular en su contra, se muestra nuevamente como víctima y recurre a su fe. En lugar hacerse cargo de sus elecciones y asumir su libertad como tal, se condena a la inmanencia y pone su destino en manos de fuerzas superiores o externas a ella. Engañarse a sí misma de este modo constituye un nuevo acto de *mala fe*, pues no se reconoce como un

ser libre y se afianza en lo divino.

El verdadero problema de la mala fe procede, evidentemente, de que la mala fe es *fe*. No puede ser ni mentira cínica ni evidencia, si evidencia es posesión intuitiva del objeto. Pero, si llamamos creencia a la adhesión del ser a su objeto cuando el objeto no está dado o lo está indistintamente, entonces la mala fe es creencia, y el problema esencial de la mala fe es un problema de creencia (Sartre, 1943: 115).

Murielle se diferencia de las demás protagonistas en este punto; mientras las otras intentan reencontrarse a sí mismas como un sujeto independiente de los roles que antes desempeñaban, esta niega la posibilidad de vivir ahora en función de sí misma y se niega a decidir por sí el rumbo de su vida, encomendándose a la divinidad. Murielle representa en **La Mujer Rota** la *inmanencia* y la *mala fe*.

3.2.3 El problema existencial en el relato *La Mujer Rota*

Dentro del análisis de este último relato, la protagonista se caracteriza por su genuina voluntad de servir a los demás, postergando sus propios intereses. Ya se ha dicho antes que su historia se asemeja más a la realidad que vive la mujer casada: sufrir una crisis de su identidad, concluir con su labor de madre y experimentar la soledad cuando el amor le ha sido arrebatado. Monique representa de manera certera el ser-para-otro, la identidad que posee la ha construido a través de su relación con los otros.

A lo largo de su vida conyugal, Monique se ha dedicado por completo a su familia y ha satisfecho todas las necesidades de su esposo e hijas. Al comienzo del relato se muestra satisfecha de su vida, goza de los momentos de soledad, los considera como instantes para dedicarlos a sí misma luego de una vida entera acompañada de su marido e hijas. Sin embargo, esta felicidad se debe a su complacencia por haber hecho bien su trabajo como madre de familia; disfruta esta nueva etapa de su vida y realiza una serie de proyectos que incluyen a su marido.

A diferencia de las mujeres de los otros dos relatos, que intentan apoderarse de la libertad del otro, Monique sacrifica la propia libertad, reconociéndose en la de los demás. Según el existencialismo sartreano, es imposible sustraerse del sometimiento que implica toda relación de pareja.

Y este cautiverio ha de ser entrega libre y encadenada a la vez entre nuestras manos. En el amor, no deseamos en el prójimo ni el determinismo pasional ni una libertad fuera de alcance, sino una libertad que *juegue* al determinismo pasional y quede presa de su juego. Para sí mismo, el amante no pide ser *causa* sino ocasión única y privilegiada de esa modificación de la libertad. (Sartre, 1943:459)

Monique, al enterarse de la infidelidad de su marido, intenta comprenderlo y le permite vivir la aventura de manera libre, con la esperanza de que Maurice, al vivir el *affaire* sin ninguna restricción, se aburra y regrese a su lado. Monique concede la libertad, pero no completamente: Maurice no es definitivamente libre, sino que se le concede un período de

asuetos. Y de la misma forma en que Monique intenta someter a su marido, ella también queda subyugada a las circunstancias; su bienestar depende exclusivamente de las acciones que realiza Maurice. El relato se desarrolla a través de esta interdependencia, que constituye el conflicto, pues, como señala Sartre, *el conflicto es el sentido originario del ser-para-otro*³³

Cuando Monique deja de tener la seguridad del amor de Maurice, comienza a buscar en él cualquier indicio que revele algún vestigio del amor que antes parecían dedicarse el uno al otro., Mas en cada intento sale frustrada; aparentemente Maurice solo profesa una especie de cariño fraternal hacia ella y parece estar completamente desligado del matrimonio, pues no existe la reciprocidad en cuanto a las exigencias y deseos que implica el hecho de amarse.

Cada uno quiere que el otro lo ame, sin darse cuenta de que amar es querer ser amado y que así, queriendo que el otro lo ame, quiere solamente que el otro quiera que lo ame. Así, las relaciones amorosas son un sistema de remisiones indefinidas análogo al puro “reflejo-reflejado” de la conciencia, bajo el signo ideal del *valor* “amor”, es decir, de una fusión de las conciencias en que cada una de ellas conservaría su alteridad para fundar a la otra (Sartre, 1943: 469).

Monique necesita de Maurice para fundar su propia existencia; sin él, deviene de ser un ser-para-otro a un ser-en-sí, sin conciencia de su propia existencia. A pesar de poder comprobar en reiteradas ocasiones que el fin de su matrimonio había llegado, conserva hasta casi el final la esperanza de poder recuperarlo, o más bien, poder continuar a su lado.

33 Sartre, Op. cit., p. 455

Maurice decide abandonar el hogar, y las esperanzas de Monique comienzan a truncarse. Junto con el fin de su matrimonio, vislumbra su propio final.

Pienso en el cuento de Poe: los muros de hierro que se acercan, y el péndulo en forma de cuchillo que oscila por encima de mi corazón. En ciertos momentos se detiene, pero jamás se eleva. No está más que a algunos centímetros de mi piel (Beauvoir, 1968:241).

Monique realiza un viaje a Nueva York, a visitar a su hija Lucienne; con el propósito de no hacer tan traumática la partida de Maurice. Cuando regrese a París, la vida que había construido ya no estaría allí; su identidad como mujer ya no existía; había llegado el momento de reconstruirla, ya no en función del otro, sino que de sí misma. Cuando Monique vuelva a su casa, tomará conciencia de su libertad y se enfrentará a la angustia de no saber cómo cargar con la responsabilidad que significa su propia vida. Aunque no lo desee, la vida va a continuar su curso, ella quisiera detenerse:

Pero sé que me moveré. La puerta se abrirá lentamente y veré lo que hay detrás de la puerta. Es el porvenir. La puerta del porvenir va a abrirse. Lentamente. Implacablemente. Estoy en el umbral. No hay más que esta puerta y lo que acecha atrás. Tengo miedo. Y no puedo llamar a nadie en mi auxilio. Tengo miedo (Beauvoir, 1968:252).

En el momento que Monique cruce el umbral de su habitación, comenzará una nueva etapa de su vida, en la que deberá responsabilizarse para siempre de sí misma. Ella

comprende esto: al regresar a casa, no permite que su hija Colette pase la noche con ella, arguyendo que debe acostumbrarse a la soledad. Desde ese instante Monique se *elige*, y la conciencia de su libertad se transforma en el fundamento de su existencia. Deviene en ser-para-sí, y sobreviene la angustia.

La conciencia de *elegirme* se traduce para mí en el doble sentimiento de la *angustia* y de la *responsabilidad*. En efecto, por una parte, experimento mis posibles como perpetuamente amenazados por mi libertad futura, y por otra, veo mi elección, es decir, me veo a mí mismo, como totalmente *injustificable*, en cuanto que mi ser es radicalmente contingente y, por mi libertad, asumo necesariamente esta contingencia. *Ninguna realidad anterior fundamenta mi elección, que, por el contrario, deberá ser, para mí, el fundamento de mi ser y del mundo* (Jolivet, 1962: 210).

3.2.4 Conclusiones

El enfoque existencialista en el análisis de **La Mujer Rota** permite hacer un esbozo de las problemáticas que giran en torno a la existencia de la mujer, desde la manera en que se ve a sí misma y su relación con el prójimo, hasta la manera en que enfrenta los conflictos que acarrea una justificación inadecuada de su existencia y la determinación que toma para reorientar su vida.

En la novela, la protagonista del primer relato nota su incapacidad de trascender, tanto en los demás como en su obra, y lo asocia a su incipiente vejez; capta la finitud de la vida, mas no es capaz de comprender que su fracaso en el intento de trascender se debe a su narcisismo y al hecho de no reconocer la libertad del otro: su sentido de apropiación no permite que su labor prevalezca por sí misma. Cuando reconoce la libertad del otro, reconoce su propia libertad de elegir y asume su responsabilidad frente a la asimilación de su vejez.

En el caso de Murielle, la protagonista de *Monólogo*, es la *mala fe* la causante de la crisis. Murielle se oculta a sí misma la verdad, intentando sofocar la culpa que recae sobre ella por la muerte de su hija y la desintegración de su familia. Además de la mala fe, su vida se configura a través de los deseos de *tener* y *ser*. No asume nunca su condición de ser-para-sí y se aferra a la divinidad recayendo nuevamente en la *fe de la mala fe*. Monique, en tanto, somete su libertad al ser amado, configurando su existencia en función de los demás. A pesar de ser el personaje con la personalidad menos definida, es quien más maduramente toma conciencia de su libertad y se dispone a responsabilizarse de ella, asumiendo y enfrentando a la angustia de ser libre.

Si según el existencialismo el ser humano es responsable de sí mismo por el resto de su vida, ¿por qué las mujeres de la novela escogen la misma vía -la del matrimonio- y desesperan ante los resultados desastrosos? La respuesta es sencilla: han escogido libremente, pero sin antes haber tomado conciencia de la responsabilidad de elegir. Así, el devenir desde el ser-en-sí al ser-para-sí ocurre cuando ya sus identidades han sido configuradas en función de los requerimientos sociales, no siendo este un impedimento para comenzar, aunque tardíamente, a vivir para sí mismas

CONCLUSIONES FINALES

Vale la pena preguntarse, al leer estos tres relatos bajo el nombre de **La Mujer Rota**, cuál es el patrón que se repite en los tres relatos y su causa. La mujer, desde los inicios de la historia, ha sido "adiestrada" para cumplir un rol social determinado. Ella construye su identidad y configura su realidad en función de la familia. El ser humano es ante todo un ser social, y toda conducta es aprendida y aprehendida, influyendo tanto en sus procesos psíquicos como en su modo de captar su existencia. Es necesario, entonces, tomar

conciencia de la propia libertad de construirse a sí misma, desechando todo determinismo y desnaturalizando la identidad misma, que ante todo es formada según un contexto sociocultural determinado.

Como consecuencia de un largo historial de opresión, la mujer ha desarrollado, a través del tiempo, rasgos específicos que definen su personalidad: su autoconcepto revela la carencia de expectativas que tiene de sí misma, se considera incapaz de trascender dentro de la vida en sociedad. Por tanto, buscará hacerse un sitio en ella, mas dudará en luchar por abrirse camino como partícipe activa en las transformaciones sociales y culturales. Se resigna, entonces, a desempeñar un papel pasivo, contentándose con cumplir las expectativas que los demás esperan de ella. Compañera sexual, esposa, madre, dueña de casa; todas estas son labores que relegan a la mujer como Objeto. Se naturaliza a tal punto el rol de la mujer en la sociedad, que se le otorgan habilidades y defectos como características inherentes a su sexo, limitándolas así en su desempeño social.

Así, la mujer se ha condicionado de tal manera a cumplir un rol determinado, que no se atreve a probar nuevas posibilidades para encauzar su vida. Considera el matrimonio y la familia como la única vía para alcanzar el reconocimiento dentro de la sociedad, pues no se siente suficientemente competente para realizar tareas que no son reconocidas como propias de su género. En el plano afectivo, también se han condicionado sus emociones, está *obligada* a concebir sus pensamientos de una determinada manera: el amor romántico, la excesiva sensibilidad, el pensamiento intuitivo; el hecho de enmarcar sus sentimientos bajo una perspectiva determinada homogeiniza el pensamiento femenino y trae como consecuencia para la mujer la dificultad para reconocerse como un ser individual y autónomo.

No es falso decir que ha sucedido lo mismo con el sexo masculino; se han reafirmado tanto en su género que también tienen una manera determinada de concebir el mundo, le otorgan un sentido objetivo y práctico, en contraste con la subjetividad femenina. No obstante, no se puede hablar en términos igualitarios, pues si bien hombre y mujer están confinados a la reproducción de sus respectivos roles, el hombre lo hace en calidad de Sujeto, en tanto que la mujer es el Objeto; el hombre es partícipe del mundo y la mujer un mero instrumento.

Con el correr del tiempo, la mujer pareciera estar cada vez más libre de la opresión, la oportunidad de abrirse paso al mundo por fin ha llegado. Pero ella continúa definiendo su existencia como un sujeto pasivo: ¿quién es el culpable de esto? Nadie más que ella misma, pues debiera tener la fuerza necesaria para enfrentar la censura; legalmente tiene casi los mismos derechos del hombre, ¿por qué no partir comenzando por hacer valer sus derechos reconocidos como tales?

Empero, es imposible pasar por alto las repercusiones psicológicas que conlleva el hecho de formarse bajo una sociedad patriarcal; la presión a la que está sometida la mujer para cumplir con las exigencias sociales acarrea desequilibrios emocionales. La base misma del psicoanálisis freudiano establece el desarrollo de la niña en torno a la ausencia del falo; esto quiere decir que desde la primera infancia se reconoce la supremacía del varón y el complejo de inferioridad que conlleva esto para la niña, quien desarrollará y formará su identidad como si tratase de sobrellevar una carencia: el hecho de no ser hombre. Es así como más adelante, y según las vivencias a las que esté expuesta, será más susceptible a desarrollar trastornos de ansiedad y trastornos depresivos, en relación con las probabilidades

del hombre.

Así, al intentar definir su existencia, lo hará en función de los demás; no se reconocerá como un sujeto autónomo ni dimensionará su libertad absoluta. Creerá, entonces, que está *destinada* a cumplir una función determinada o a *ser* de una determinada forma. Cuando ella tome conciencia de su libre albedrío, comprenderá que es capaz de configurar su existencia de acuerdo con sus propias convicciones, zafándose así de la carga que significa ser mujer. Cuando la mujer se haga responsable de sí misma y decida ser partícipe activa en la construcción de su identidad y de la sociedad en la que está inmersa, el sistema patriarcal se debilitará y dará paso a una nueva sociedad en que no exista el concepto de *género*, basada en el respeto mutuo y la participación activa de todos sus miembros.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, Alfred (1954). *El carácter Neurótico*. Buenos Aires: Paidós.
- Beauvoir, Simone de (1949). *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Beauvoir, Simone de (1968). *La Mujer Rota*. Círculo de Lectores.
- Berger, Peter. y Luckmann, Thomas (1968). *La Construcción Social de la Realidad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- Butler, Judith (2007). *El Género en Disputa*. Paidós.
- Ceballos, Gilbert (1997). *Introducción a la Sociología*. Santiago de Chile: LOM
- Escarpit, Robert (1962). *Sociología de la Literatura*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Frankl, Viktor (1949). *Psicoanálisis y Existencialismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1941). *Obras Completas* [PDF].
- Havel, J. (1965). *La Condición de la Mujer*. Buenos Aires: Losada.
- Horney, Karen (1945). *La Personalidad Neurótica de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós.
- Jolivet, Régis (1962). *Las Teorías Existencialistas*. Madrid: Gredos.
- Moi, Toril (1988). *Teoría Literaria Feminista*. Madrid: Cátedra.
- Odier, Charles. *La Angustia y el Pensamiento Mágico*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Pichot, Pierre (1995). *DSM-IV: Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*. Madrid: MASSON, S.A.
- Sartre, Jean Paul (1943). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- Tallaferró, Alberto (1965). *Curso Básico de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Touraine, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: Losada
- Warren, Austin y Wellek, René (1966). *Teoría Literaria*. Madrid: Biblioteca Románica Hispánica.

Linkografía

- De Boisdeffre, P. El Mayo Francés de 1968-1 [en línea] Revista El Aleph Edición No. 147 <<http://www.revistaaleph.com.co/component/k2/item/367-el-mayo-frances-de-1968>> [consulta: 09 noviembre 2010]
- LE GALL, Didier. La evolución de la familia en Francia: De la aparición del pluralismo familiar a la cuestión de la pluriparentalidad. [en línea]. dic. 2008, vol.17, no.4

<http://www2.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-00062008000400005&lng=es&nrm=iso> [consulta:09 noviembre 2010]